La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 21 de diciembre de 1908 — Núm. 1.408

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de **Andrea del Sarto**, que se conserva en la Galería Barberini, de Roma

Esta obra fué pintada en los últimos años del artista, en 1526-27, y de ella hay notables copias en Madrid y en la colección Westmínster de Londres

ADVERTENCIA

Estamos terminando la impresión del tomo quinto y último de la serie del presente año de la BIBLIOTECA UNIVERSAL que será

LA ILÍADA, POEMA DE HOMERO

traducción literal en prosa por el Dr. L. Segalá Estalella; notable edición ilustrada con veinticuatro cabeceras dibujadas por Flaxman y veinticinco láminas del profesor A. J. Church.

Así por la importancia de la obra inmortal, como por lo esmerado y escrupuloso de la traducción y por la belleza de las ilustraciones, tenemos la seguridad de que el libro agradará extraordinariamente á nuestros subscriptores y será uno de los más interesantes de la BIBLIOTECA.

SUMARIO

Texto. – *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. – *La visión eterna*, por José Carner. – *Nevando*, por Adrián del Valle. – *Bethleem. La cueva del Señor.* – *Premios Nobel en* 1908. – *La revolución de Haití.* – *Miscelánea.* – *Lejos del nido*, por A. Ribaux. – *En el país del fuego y del vapor*, por W. G. Fitz Gerald. – Libros recibidos.

Grabados. – *La Sagrada Familia*, cuadro de Andrea del Sarto. – *Nochebuena*, tríptico de F. de Uhde. – *César y Cleopatra*, cuadro de Camilo Innocenti. – *Cocinero chino*, dibujo de Mortimer Menpes. – *Bethleem. La cueva del Señor* (dos fotografías). – *El Dr. Elías Metchnicoff.* – *El Dr. Pablo Ehrlich.* – *El profesor Gabriel Lippmann.* – *La revolución de Haití.* – *La infancia de Jesús*, cuadro de I. Kopps. – *José Alcoverro y Amorós.* – *Monumento á Cervantes en la Habana.* – *Monumento á Mistral en Arlés.* – Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *Lejos del nido.* – Ilustraciones del país del fuego y del vapor. – *El presidente de Venezuela en París.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me parece ocasión oportuna de contar un cuento de Navidad, de la Navidad española. Si quisiese darle título, robaría á Shakespeare el de una de sus comedias: *La doma de la tarasca.*

***

La familia es de las que más abundan: clase media que no se resigna á pertenecer al pueblo. Con esta sencilla definición puede que bastase para formar exacta idea de las interioridades; sin embargo, bosquejaré la situación de sus individuos.

El jefe nominal es un hombre de bien, trabajador por necesidad. Todos los días concurre á su oficina, y allí fuma quince ó veinte cigarrillos, charlando largamente de la próxima crisis, de la actitud de Lerroux, del crimen más reciente y de la piececilla en el teatro barato, al cual acompañó á sus hijas la semana anterior. Es un medio como otro cualquiera de sacar á relucir á las niñas, pues sospecha que entre los compañeros de oficina alguno las hace cocos, y sueña con el yerno—para que sus vástagos continúen la dinastía burguesa,—no vayan á tener la endiablada ocurrencia de casarse con un carpintero ó un maestro de obras.

La jefa verdadera—es decir, la mamá—es una de esas cuyas siluetas trazaron con sal y donaire Luis Taboada en artículos y Vital Aza en sainetes. El estado psíquico de semejantes *jefas*, al igual de los demás estados psíquicos, tiene sus causas, y es preciso que las encontremos en la irritación permanente que determina el verse obligado á sacar rizos donde no hay pelo, ó sea á gobernar casa sin guita. La conocida pareja que tantas veces ha desfilado por el escenario haciéndonos reir; el marido tembloroso y calzonazos, la mujer que muerde y pega, no admite otra explicación que un hecho sencillo del orden económico: el marido que funda un hogar con recursos insuficientes; que abdica en la esposa para que ella haga milagros sin ser Dios..., y el desquite, el desahogo de la esposa, en diarios insultos, en todo género de malignidades, en una tiranía doméstica con refinamientos de tortura china.

Las niñas... Como si las estuviésemos viendo. Son tres. Una de ellas, Melita—diminutivo de Carmela,—es de perfectísimas facciones, y la familia espera siempre al novio millonario. Lo malo es—sigue creyendo la familia—que toda aquella belleza de Melita está eclipsada por la falta de trajes, sombreros, palcos, saraos y coches. De las otras dos chiquillas, Bárbara y Pepa, la última es gibosa; no se espera casarla; se desearía, á lo sumo, consultarla con eminencias... En cambio, Barbarita, derecha como un pino, fea graciosa de magníficos dientes y ojos de lumbre, tiene siempre «coquetos» y más partido que la bella Melita. Y las tres hermanas no viven un minuto en paz, zahiriéndose continuamente por si tú eres una pavisosa, si tú una cabeza de viento, si tú como naciste así no puedes ver á las que tenemos recto el espinazo. Sólo en un punto andan acordes las niñas: que papá es muy bueno, convenido..., pero que no sirve para nada. Y el fondo del alma de las doncellas es igual al de la dueña y jefe de familia: asfixia por falta de medios, el fermento de las estrecheces y apuros diarios, la privación de cuanto halaga á la juventud, la mortificación del amor propio, de la vanidad... y hasta del estómago; porque para comprar un sombrero hay que no comer cosa nutritiva, que vivir de patatas guisadas y desperdicios de carne...

Falta al catálogo de la familia el hijo..., y pardiez que falta lo mejor—como suele decirse cuando lo que se omite es lo peor de todo lo imaginable.—El niño de los señores de Camarena—este es el apellido—logra descollar entre los infinitos ejemplares de su clásico tipo que abundan por ahí. No le habrá más perdido, ni más holgazán, ni más simpático. Es de los que se hacen querer, no sólo por sus franquezas y alegrías con todo el mundo, sino por su labia y chiste. Y el muchacho—muchacho perpetuo, aunque va frisando en los veintisiete—ni ha terminado sus estudios, ni quiere dedicarse á cosa alguna, ni se sabe con qué dinero anda siempre de juerga, paga en el café, concurre á los teatros, se presenta bien trajeado, y en suma, se conduce como si sus padres tuviesen una bonita renta y la necedad de derrocharla en mantener á un ocioso. El padre, desesperado, calla: le cohibe, en esto como en todo, el miedo doméstico. La madre, cuando el esposo ha sacado la conversación del proceder de Ramoncito, salta á los ojos del esposo, y lo quiere comer por sopa. Ramoncito no es como otros, que nacieron para pobrete; Ramoncito, hoy, «se las arregla,» y mañana se casará con una rica de las muchas que por él beben los vientos; y su mujer no se verá en el caso de tener que ir con el cesto á la compra, como le ha sucedido á toda una doña Josefa Galíndez de Camarena esta misma mañana, por encontrarse sin servicio—hoy en día el que no puede pagar sueldos de cinco duros, no halla criados.—¡Ah! Si la cosa seguía así, ella se determinaría á ofrecerse de asistenta en alguna casa; pues de barrer y encender el fogón, siquiera que se lo pagasen. ¡Quién se lo había de decir cuando se casó!—y lo demás de la retahila.—Agachando la cabeza, Camarena huye de la amarga alcoba conyugal, se refugia en la oficina ó en el café, en el dominó, en los cigarrillos, los rumores de crisis y la actitud de Lerroux y de Melquiades Alvarez...

Al acercarse la Navidad, la familia de Camarena atraviesa una crisis... Las muchachas no tienen materialmente qué ponerse, ni traje, ni abrigo; el gabán de padre, inservible; la madre, por decencia, ha menester botas; están sin pagar cuatro meses del alquiler del piano de Barbarita—y con el casero han ido atrasándose sin saber cómo, le deben un trimestre,—y si el del almacén de pianos sólo puede recoger su carraca, el casero les pondrá en el arroyo. ¡A tal punto se llega, con hombres inútiles y sin disposición para nada! Se acordó juntar para la casa, era lo urgente, ante todo. Se arañó de aquí y de allí, y se reunieron los cuarenta y cinco duros del trimestre. La madre los ocultó en un cajón de la cómoda, debajo de un paquetito de algodón de repasar. Echó la llave, y avisó al administrador para la cobranza... Cuando éste vino, al buscar la señora su pequeño tesoro no estaba allí... El cajón, sin embargo, no había sido abierto. Criada, no la tenían desde hacía un mes. Hubo consternación, drama íntimo, encerrona del papá y la mamá, conversación horrible en que cada palabra es una herida... Y Camarena, insultado una vez más, acusado de la substracción—para que él no acusase á otro, al que «se las arreglaba tan bien,»—salió hacia la oficina, saturado de vergüenza, en uno de esos momentos que desquician el espíritu. Sucede así, que sin ruido, sin nada que parezca modificar la situación de las personas, se colma un día la medida del sufrimiento, y las convicciones giran sobre su eje y el corazón se curte en jugos venenosos, el veneno mortal de la injusticia, del desamor, del menosprecio de la mujer al hombre honrado y que no sabe acuñar moneda con su conciencia..

***

Camarena lleva la boca más amarga que su vivir. En toda la noche no ha dormido. No se ha desayunado. La bilis le tiñe de amarillo el rostro. Llega á la oficina. Los compañeros están de broma: se preparan á festejar una alegre Nochebuena, si les cae al otro día el premio—vamos, aunque no sea el mayor se contentarán!—La oficina, rumbosa, ha jugado dos décimos, en los cuales Camarena no quiso participación, por economía. Ahora lo siente... ¿Quién sabe? Acaso... Y se instala ante su pupitre, medio idiotizado, ebrio de pena y tronzado de impotencia. ¿De qué sirve la honradez? Felices los que «se arreglan...» Ellos poseerán el dinero, y además el cariño...

Sepultado en estos pensamientos, no repara que un caballero, grueso, apoplético, se acerca, se detiene. Sólo cuando formula una pregunta relacionada con un expediente en tramitación, alza el empleado la abatida cabeza, y contesta, sin enterarse. El caballero entonces saca la cartera, extrae de ella documentos, que examina, confronta y manipula hasta exponer su interrogación. A su voz, Camarena registra cajones, da noticias... El caballero, expeditivo, á pesar de su figura de botarga, se va apresurado; tiene que coger el tren. Camarena va á recaer en sus vacilaciones tristes, cuando, al pie del escritorio, ve un papel... Lo recoge... Es un décimo de la lotería...

Lo primero es guardarlo en el bolsillo.—Por instinto, y con disimulo.—Mira alrededor. Nadie se ha fijado. La mesa de Camarena está como oculta por un biombo, que la resguarda de las corrientes. En su alma no hay lucha ni resistencia. Si se hubiese tratado de un billete de Banco es probable que la habría. Pero un décimo... es el azar: probablemente no se roba nada al robar un décimo; y menos al recogerlo cuando lo dejan caer. Quien lo ha dejado caer no es una persona; es la suerte, la suerte loca, la suerte bribona, mujer liviana, que acaricia á capricho. Si el caballero volviese... No volverá... Tiene que tomar el tren...; y al pensar así, seguro estaba Camarena de que aun cuando volviese... Por si acaso, se retiró temprano de la oficina. Almorzó en su café, al fiado, y pidió cosas buenas, y sobre todo, cigarros finos. A su alrededor oía hablar del sorteo: todo el mundo estaba lleno de esperanzas: Camarena sintió abatirse las suyas como pájaros heridos de perdigón. Entre tantos, qué casualidad sería!..

Como en sueños, volvió á su casa, soportó frases fustigadoras de la esposa, vió la palidez de las hijas, y en los ojos de la menor, de la pobre gibosa, lágrimas que caían sobre la del plato vacío... Les habían notificado el desahucio.

***

A la mañana siguiente, Camarena oye vocear la lista grande. Salta de la cama, y medio vestido baja al portal. A la primer ojeada se lleva las manos á la garganta, al corazón después... No suelta el papel; lo mira atónito... ¡*Su* número! ¡*Su* décimo, premiado! ¡El premio mayor en *su* décimo! Sí, allí estaba; pero si estaba allí... Y lo que experimenta el empleado no es alegría; se siente como estúpido: casi es dolor, casi es una puñalada una dicha así...

Se repone. De escrúpulos, ni rastro. Todo aquello era obra de la suerte... y nada más. El billete de lotería es documento al portador... No iría, sin embargo, á cobrar en persona. Quién sabe si el caballero grueso había avisado en la Administración? Y combina un fraude, una defensa, una estratagema...

Corre á casa de un usurero.—Tenía de estas relaciones.—El usurero se cerciora de que el número está, en efecto, premiado, y se presta á descontar el décimo inmediatamente. Se embolsa unos miles de pesetas, y entrega, sin que medie contrato escrito, los miles de duros. No hay responsabilidades para Camarena. Si surgen dificultades, que «se las arregle» el usurero. Le ha cegado la codicia; no ha sospechado el peligro menor; ni ha encontrado extraño que Camarena, pudiendo cobrar de diez mil modos, le lleve el vellón de lana á las uñas...

Al entrar en su casa con la fortuna en el bolsillo, Camarena ha adoptado una resolución. Desde aquel momento, él es quien manda. De aquel dinero se hará lo que él quiera. El lo aumentará, lo hará fructificar. Siente ya ambiciones de rico. Melita se lucirá en un palco; Bárbara se casará á su gusto; Pepa irá á Alemania, á una clínica, á ver si le curan la deformidad...

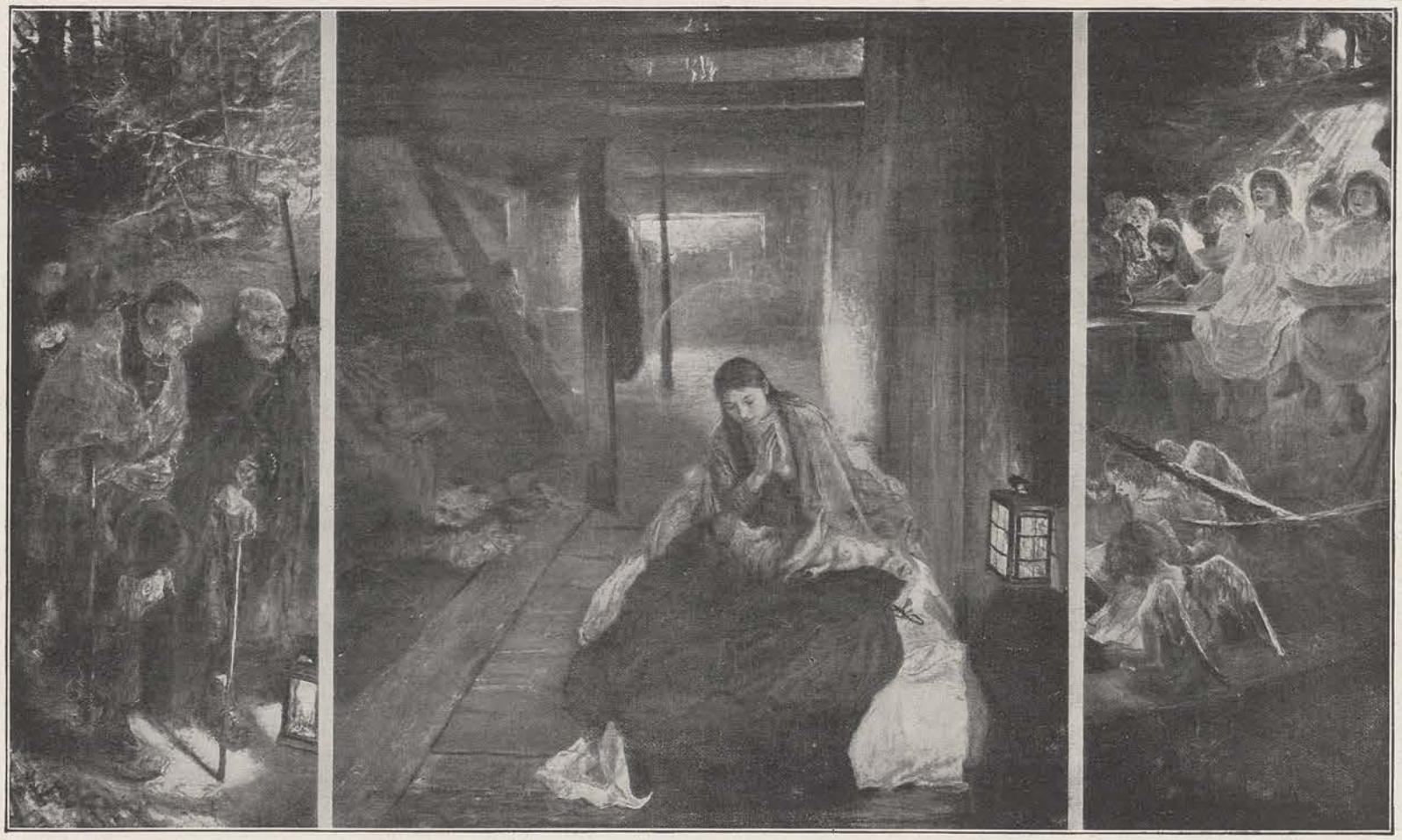
Cuando se avista con la señora, al noticiar el cambio de situación, formula el cambio de política, el programa de gobierno... ¡Ay del que intente substraerse á su autoridad!

Por primera vez, la señora de Camarena se somete; y amorosa, echa los brazos al cuello al esposo y le moja la cara de lágrimas de ternura... En efecto, ya tiene derecho á ejercitar el poder, quien trae á su hogar, no la estrechez, sino el bienestar, el lujo...

En la suculenta cena de la noche, entre el besugo y la ensalada de coliflor, al destaparse una botella de espumoso, sonaron estas palabras extrañas, en boca de la amansada cónyuge, y respondiendo á planes é iniciativas de las muchachas:

—Niñas, ¿cómo se entiende? Se hará lo que vuestro papa disponga...

La condesa de Pardo Bazán.



Nochebuena, copia de un tríptico de Federico de Uhde

LA VISIÓN ETERNA

(NARRACIÓN INSPIRADA EN EL TRÍPTICO DE UHDE)

El pueblo, enemigo de lacerias, comodón, parecía encogerse, cerrar sus conchas, en aquella noche frigidísima. No se veía una rendija luminosa. Todo el mundo se había resguardado cómodamente, tapiándose en el hogar. Ceño, Mugre y la Alcaravana, arrecidos, temblorosos, movían con angustiosa dificultad las plantas insensibles. Llamaban á una y otra puerta. Casi nunca les oyeron, porque llenaban las casas chisporroteos de leña y murmullos de felicidad. De vez en cuando asomábase á un ventanucho una moza garrida, y al verlos tan carcomidos, tan míseros, tan deleznables, decía, piadosa á su modo:

—¡Mala landre os acabe!

En cierta casa una doncellica sacó el rostro á la ventana y tal vez acudiera al socorro de los desamparados; mas una danza loca de sus hermanitas la envolvió rápidamente y la llevó muy lejos, envuelta en un torbellino de cabecitas rubias. En otra casa una mujer, olorosa y fresca como un mazo de lirios, asomó la cabeza por una reja; su marido, que la siguiera encendido de amores, besóla en el cuello; cayó la mujer en los amantes brazos; entornáronse los postigos.

Mugre, Ceño, la Alcaravana eran almas sencillas, exentas de rencor. Los tres nacieron en guaridas de menesterosos; desde muy niños se habituaron á las angustias de la mendiguez. El quebranto, el insulto, el hambre, la vida sórdida y trashumante, les fueron abrumando desde entonces sin que jamás pudieran vislumbrar los malhadados tregua ó remisión. Uníanse en sus peregrinaciones porque los tres eran suaves y temerosos. Queríanse mucho; tenían gestos uniformes y cada cual repetía las frases familiares de los dos restantes con la misma fruición con que recitara las propias.—La Alcaravana estaba segura de que los mendigos son los descendientes de grandes pecadores, y se estremecía al imaginar qué feroces daños habría podido cometer algún ascendiente suyo. Sus visiones eran espantosas; Mugre y Ceño la oían sin despegar los labios, venerándola en el fondo de sus corazones.—Ceño, llamado así por donoso contrasentido, puesto que era el más alegre de los tres, ocupábase constantemente de la comodidad y el regalo ajenos, andaba ágilmente de un lado para otro, divertía pesadumbres con algún donaire infantil.—Mugre tenía luenga barba, ojos soñadores; generalmente estaba como arrobado, silbaba canciones incoherentes, contemplaba las estrellas, y los ojos se le arrasaban en lágrimas ante las inefables maravillas de la anturaleza.

Aquella noche sentíanse los tres acabadísimos. A la postre dieron con una iglesia y llamaron á la puerta. Acudió un sacristán.

—¿Quiénes sois? ¿A quién buscáis?

—Somos, señor, dijo Ceño, tres humildes pordioseros; en nombre de Jesús, humilde y aterido como nosotros, pedimos que nos socorráis. El señor cura se apiadará de nosotros.

—El señor cura, respondió el sacristán, murió anoche, yo creo que de achaques de melancolía. En estos últimos años todo el mundo había dejado de asistir á la iglesia; maldito si estos pecadores quieren ocuparse en algo que no sea comer rubias hogazas, besar blancas mejillas, ganar dineros relucientes, echarse al coleto vinos encendidos. Se cerró la iglesia, y este sacristán, que está ya más flaco y retorcido que un sarmiento, márchase á lejanas tierras; ojalá mude conmigo sus procederes la fortuna, arrepintiéndose de sus desafueros y atroces ensañamientos. Mala idea habéis tenido, hermanos; salíos de estos umbrales; largo, no sea que los difuntos que en el templo yacen, con sosiego no turbado durante larguísimo tiempo, surjan amenazadores y extingan con su hálito sobrenatural vuestra banda ó compañía de pésimo agüero, transmisora de contagios y tal vez causante de aojamientos y hechicerías.

—Qué, ¿vais á abandonar el santo servicio del Señor?, preguntó la Alcaravana, escandalizada por las burlescas incisiones del sacristán.

—¡Bah!, exclamó el sacristán. ¿Quién sabe lo que habrá más allá de la podre de esta vida y la cerrazón de estas amarguras? El mundo olvida á su Dios, acaso tengan razón los hombres leídos que declaman por ahí que no le hubo jamás. ¿No es la tierra semental de iniquidades? Subsistir es contender; todos ansían medrar, entran en danza los puños; multiplícanse los engaños y trampantojos; sálense de madre las ambiciones; ya no cabe más golosina en los carrillos. Viva quien vence, y por mi fe, los inicuos son vencedores... Como pidáis por el amor de Dios, no os van á contestar sino los ecos de la sierra.

Metióse de nuevo el sacristán en la iglesia, y con un portazo despidió á los mendigos.

Estos, siguieron su camino.

—¿Que Dios no existe?, dijo la Alcaravana. Lengua fementida es la que tal sustentare. Hayle, puesto que nosotros somos míseros y afligidos, y á pesar de ello gozamos la paz. La interior blandura sosegada, compensación á nuestras fatigas, no proviene de suntuosas vestiduras, de dulces yantares, de exquisiteces cortesanas y fulgores de sabiduría. Dios está en nosotros. Quiérenos pobres, y ante su voluntad hincamos la rodilla. Nosotros, ignorantes, mezquinos, oímos su voz con admirable claridad. Dios existe, puesto que nosotros sonreímos en el dolor.

—Hanse olvidado de Dios y aun de toda grandeza; de esta suerte le abandonan por completo. Que el que en alguna excelencia creyere es aún devoto del Señor, puesto que toda excelencia es atributo suyo.

Así dijo Mugre, levantando al cielo los ojos soñadores. Y prosiguió:

—Ignoran la armonía de las estrellas, la castidad del agua, la dulzura de los campos. Toda la naturaleza es para ellos un enigma indescifrable.

—No os turbéis, dijo Ceño. La maldad es estéril, su fuerza escasa. El bien ahoga la maldad. Una lágrima de un desdichado redime una ciudad perversa. Gocen nuestros hermanos; nuestro destino es sufrir por ellos. Nuestros dolores y penitencias aproximan la venida del reino de Dios. Hagamos el bien furtivamente alrededor de las posiciones de la maldad, y los lirios cubrirán la cizaña. Somos pequeñuelos y menguados; regocijémonos de nuestra pequeñez, porque gracias á ella pasamos inadvertidos, y á la humildad está prometido el señorío de la tierra y la prioridad en la visión de los cielos.

Así discurriendo, Ceño, Mugre y la Alcaravana anduvieron largo trecho. Una fuerza misteriosa se infiltraba en sus venas. La noche se llenaba de tibios y desusados aromas. El camino era suave, el cielo transparente.

Los mendigos experimentaban íntimo regocijo en los senos más profundos del espíritu. Toda congoja anegábase para siempre en el concierto sosegado y solemne de aquella noche. De vez en cuando los tres se arrodillaban y cantaban jaculatorias.

De pronto se ofreció á sus ojos un cobertizo pastoral, inundado de vivísima luz. Un Niño envuelto en pañales, tendido sobre la paja, abría sus manecitas, acogía con entrañable amor á los tres viandantes. Ceño, Mugre y la Alcaravana le adoraron con simplicidad. Una Mujer, un Varón mirábanles tiernamente desde la penumbra. Una música maravillosa bañaba de cielo los sentidos terrenales.

—Nace Cristo Jesús, dijo una voz, nace, no sólo en el portal de Belén, mas en todo corazón humilde. Y no hay eficacia igual á la del aroma de Jesús. Cruzasteis un pueblo inhospitalario, entregado á groseras bienaventuranzas; allí vivían los hombres olvidados de Dios, y os arrojaron de su vera. Mas el dolor y el frío que padecisteis dilataron por los ámbitos una dulzura que empieza á santificar aquel ambiente. Ya, movidos por un sentimiento inexplicable, lloran algunos corazones contritos. Asómanse muchos á las ventanas y ven una estela de luz; los que la sigan llegarán á este Portal, visión eterna del alma pura. Por vuestro llanto ha florecido esta visión. Reposen vuestras plantas heridas, y vuestros harapos conviértanse en luz.

JOSÉ CARNER.

César y Cleopatra, cuadro de Camilo Innocenti

NEVANDO

Marchitáronse las flores; cayeron las hojas de los árboles; se fueron las golondrinas. Los arroyos ya no murmuran, adormecidos en sus lechos por las primeras heladas; la nieve cubre el suelo con su blancura inmaculada; los turbiones, desatándose con fuerza, doblan los desnudos árboles de los montes y, bajando hasta la ciudad, cruzan veloces las calles, silbando tristemente la canción del Invierno...

***

La hermosa marquesa, recostada la blonda cabeza en los cristales del balcón de su lujoso y confortable gabinete, contemplaba con ojos soñadores la nieve cayendo menudita y con revoloteos de mariposa sobre el pavimento del arroyo, cubriendo de blancos encajes las balaustradas de las casas y las ramas de los árboles.

El invierno con sus turbiones, sus nieves y su cielo siempre gris, tenía un encanto singular para la marquesa. En el gabinete, bien alfombrado, tapizado de ricas telas y amueblado con exquisito arte, respiraba una atmósfera tibia y perfumada, y al compararla con la inclemente del exterior, sentía como suaves cosquilleos en su fina y sonrosada piel, que despertaban en ella languideces de paloma arrullada en su caliente nido por los rugidos del vendabal.

Todo era bienestar en aquel aposento cálido y voluptuoso, cerrado al frío y al viento; todo era quietud, interrumpida sólo por el vivo chisporroteo de los leñosos troncos que en la estufa se consumían para dar calor á la bella marquesa, aquella adorable marquesa, pequeñita, delgada, nerviosa, de una belleza enfermiza, que reflejaba eternamente en su linda cabeza dorados rayos de sol y en sus grandes ojos pedazos de azulado cielo. ¡Ah! Cualquiera, al verla tan delicada y seductora, hubiera creído que su corazón era de oro, como el color de sus cabellos, y grande, como sus expresivos ojos.

***

Era su mayor placer, en los días de nieve, pasarse las horas cerca del balcón contemplando con ojos soñadores la nevada calle. ¡Cómo gozaba viendo aquel revoloteo de blancos copos, que se posaban con aleteos de golondrina en las barandas de los balcones en los ángulos salientes de las casas y en las desnudas ramas de los árboles!..

Cocinero chino, dibujo de Mortimer Menpes

Pero su goce no era completo; cada vez que dirigía los ojos á un cerrado portal de la casa de enfrente, sentía cierto malestar que la obligaba á retirarse bruscamente del balcón.

Allí, en el quicio del portal, una miserable vieja, de apergaminada piel y cana cabellera, montón de huesos y de harapos, extendía la rugosa y descarnada mano implorando una limosna á los pocos transeuntes que por su lado pasaban. La vieja mendiga era como una mancha que alteraba la armonía del espectáculo invernal que la marquesa gozaba en contemplar. Y lo que más la incomodaba era la mirada, fija en ella, de la anciana; una mirada penetrante, preñada de tristeza y mucha envidia. Aquella mirada siempre fija, eternamente melancólica y triste, encendía en el pecho de la noble dama honda irritación y le hacía exclamar al tiempo que tiraba con violencia del transparente del balcón:

—¡Maldita vieja!..

***

Cierta mañana, en que la nieve caía con más fuerza y era más intenso el frío, vió con sorpresa un grupo de gente frente al portal donde se guarecía la mendiga. Al poco rato, abrióse el grupo para dejar paso á dos hombres que conducían una camilla, y pudo ver cómo aquéllos recogían el inanimado cuerpo de la vieja, muerta de frío, emprendiendo luego la marcha, seguidos de algunos curiosos.

Al perder de vista el fúnebre cortejo, salió del tierno y bondadoso corazón de la marquesa un largo suspiro.

—¡Al fin!.. — exclamó con visible satisfacción.

Sí, al fin se veía libre de la miserable pordiosera; ya no sentiría el reproche de su mirada, de aquella mirada de muda envidia, eternamente melancólica y triste...

Adrián del Valle.

BETHLEEM.—LA CUEVA DEL SEÑOR. (Fotografías de Ricardo Fiorilli, de Milán.)

Para describir los Santos Lugares que en esta página reproducimos, ¿qué mejor pluma que la del inspiradísimo Verdaguer? He aquí lo que dice de ellos en su *Diario de un peregrino á Tierra Santa:*

«*La Cueva.* – Acabo de entrar en la Sagrada Cueva del Señor; mis ojos han visto lo que mi corazón soñaba desde que estoy en el mundo. ¡Con qué recogimiento se arrodilla uno en aquellas losas donde los pastores y los ángeles se arrodillaron la noche de Navidad! ¡Con qué fruición se posan los labios donde el buen Jesús puso los pies al llegar á la tierra! ¡Cómo fluyen aquí las lágrimas, aquí donde el mismo Dios hecho hombre derramó las primeras de sus ojos! El sitio donde nació está cubierto de mármol y rodeado de una plancha de plata en forma de estrella, con estas palabras que hacen saltar el corazón de alegría: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est.*

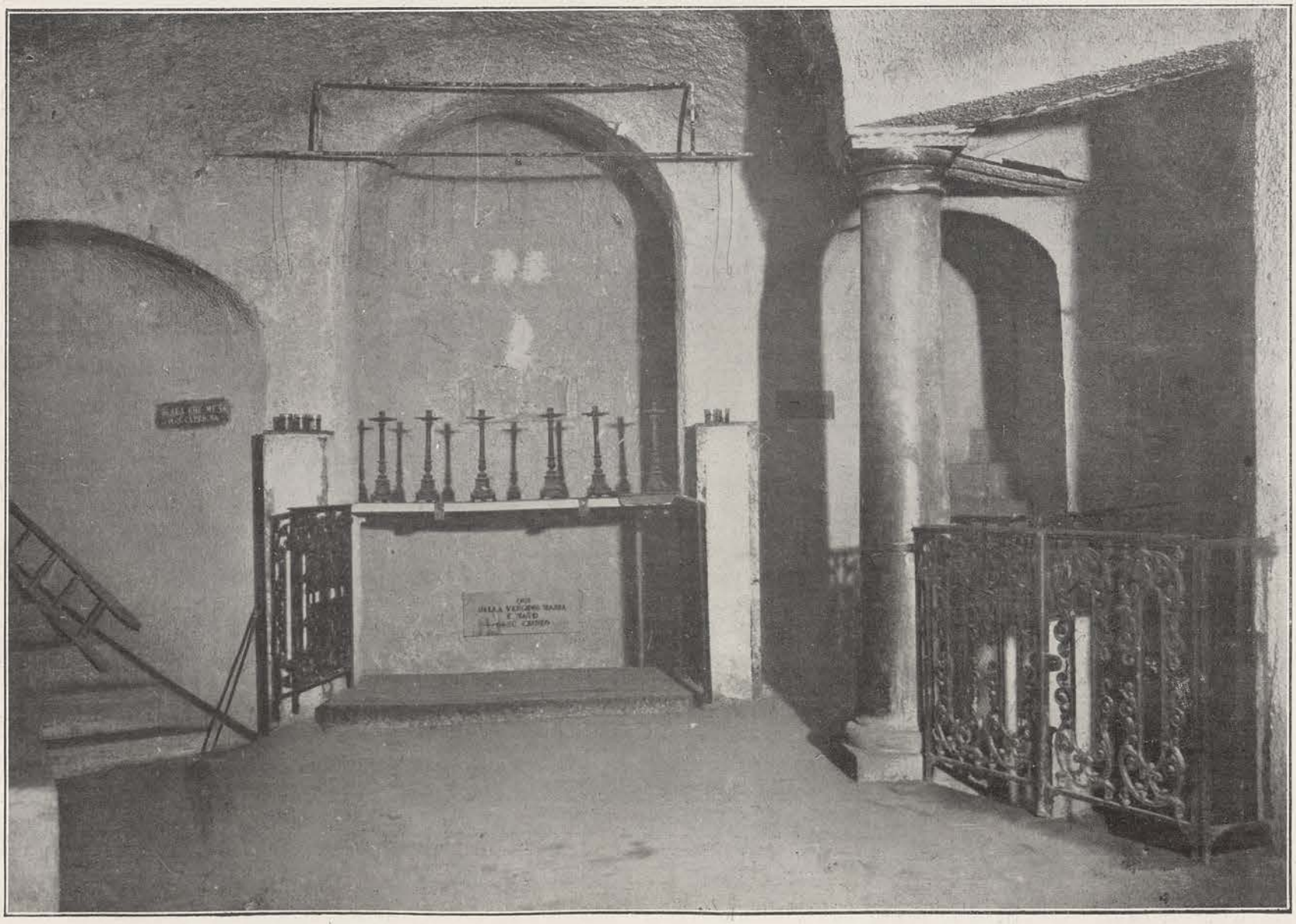
»La sagrada Cueva es de unos doce metros de largo por cuatro de ancho; está cubierta de mármoles y damascos que hacen desear la desnuda roca. Está llena de mística obscuridad, interrumpida por treinta y dos lámparas que derraman una luz semejante, según Schubert, á la de la luna en una noche de primavera, ó mejor aún, á la claridad de aquella bendita noche de la cual nació el más hermoso día que vieron los siglos.

Sitio en donde, según la tradición, se retiró San José en el momento de nacer Jesucristo

»Una cosa entristece en este primer santuario de Jesucristo, y es que en el lugar donde nació, solamente su verdadera Iglesia se ve privada de celebrar los divinos sacrificios. Dos días he tenido yo la suerte de celebrar en el altar del Pesebre, que está á cuatro pasos; mas, por ser Semana Santa, no he podido decir la Misa votiva de este sagrado lugar, sino la de Pasión. El sitio era el de la noche de Navidad; estaba en la misma cueva que eligió por palacio el divino Mesías. Su Madre Santísima y San José hacíanle compañía en aquel antro, venían los pastores de aquella comarca y los reyes del Oriente á adorarle; los ángeles cantaban *Gloria in excelsis Deo;* mi corazón y mis labios iban también á cantarlo, mas en el misal no leía más que frases de dolor y de tristeza. El teatro es del Nacimiento, mas ¡ay!, los días son del Calvario.

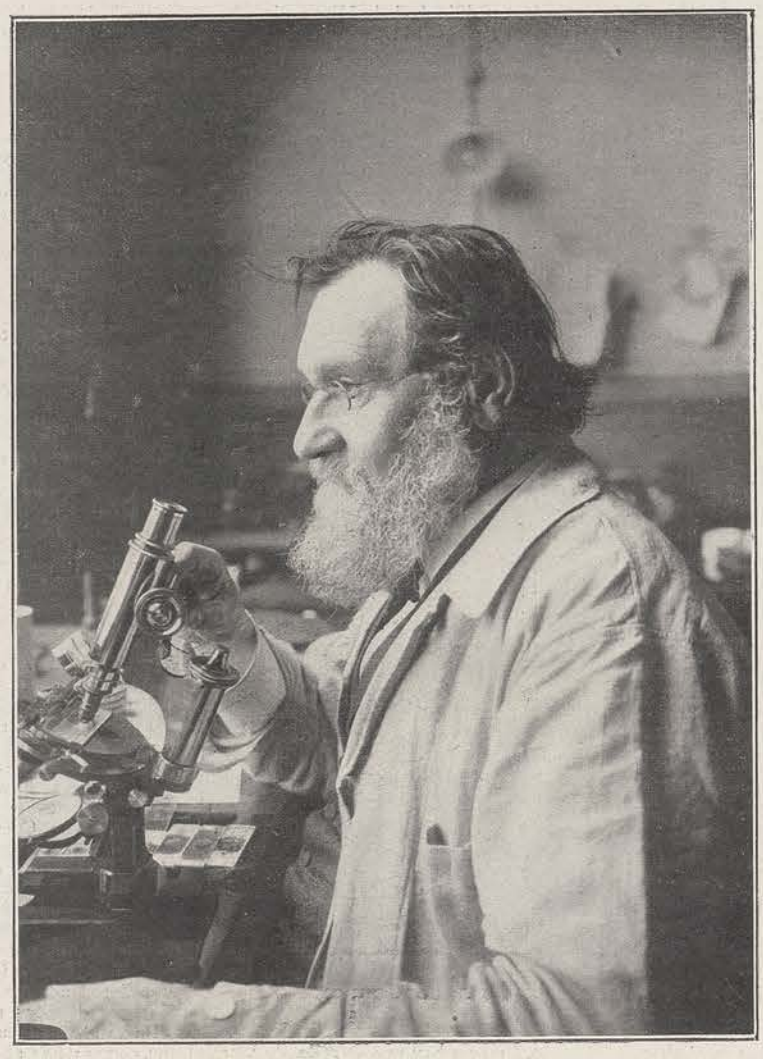
»La Cueva del Nacimiento se dilata y ramifica bajo la peña formando otras cuevas, donde la tradición encuentra otros recuerdos. La capilla de San José, la de los Santos Inocentes, las tumbas de Santa Paula y de San Eustaquio, la tumba de San Jerónimo, y oratorio donde el Santo se entregaba á la contemplación y al estudio, En el jardín del convento enséñase un naranjo plantado por él, no muy lejos de la escuela donde enseñaba á los niños.»

Sobre la Cueva se levanta la iglesia de Santa María ó de la Natividad, cuya construcción comenzó Santa Elena y terminó en tiempo de Constantino *el Grande.* Esta iglesia está rodeada exteriormente de altas murallas, y al pie de su altar mayor hay una estrella de mármol que corresponde al punto del cielo en que se detuvo la que guió á los Reyes Magos.



Sitio de la Cueva del Señor en donde nació Jesucristo

PREMIOS NOBEL DE MEDICINA Y FISICA EN 1908



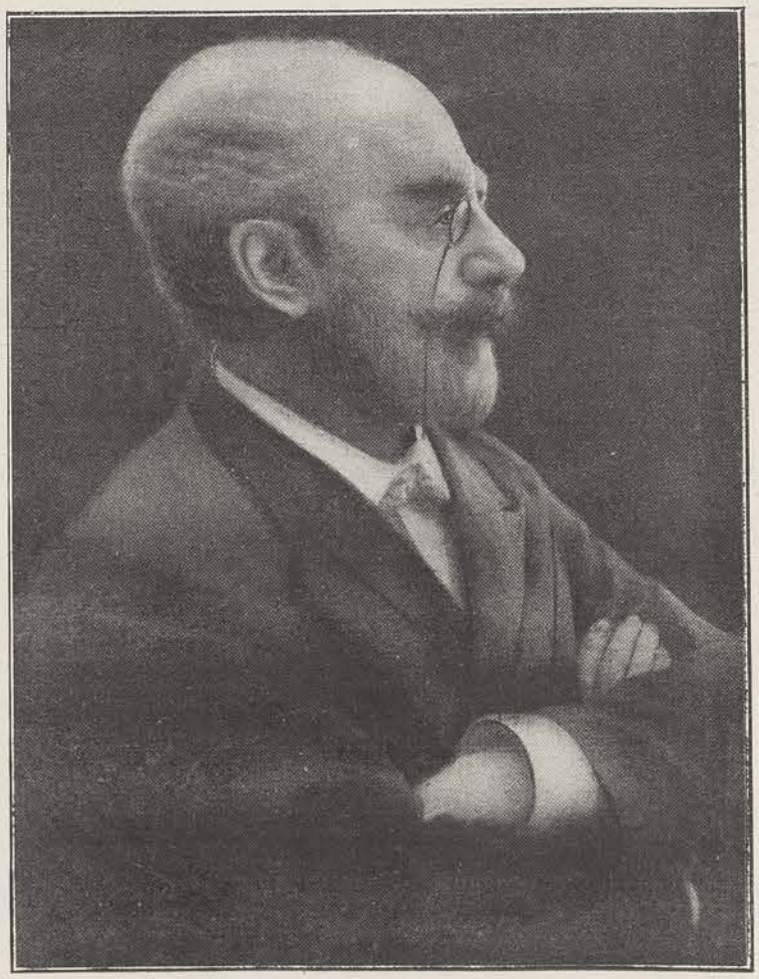
El Dr. Elías Metchnikoff, profesor del Instituto Pasteur, agraciado con la mitad del premio de Medicina. (De fotografía de World's Graphic Press.)

El Dr. Pablo Ehrlich, director del Instituto de Terapéutica experimental de Francfort, agraciado con la mitad del premio de Medicina. (De fotografía de C. Delius.)

Elías Metchnikoff nació en 1845, cerca de Kharkor (Rusia meridional), estudió en la universidad de aquella población y en las de Giessen Gœtinga y Munich, y en 1870 fué nombrado profesor de Zoología en la de Odessa. En esta última ciudad primero y luego en los viajes que, á partir de 1882, hizo á Italia, á Madera y á Tenerife, pudo estudiar de cerca los efectos que en algunos animales de constitución rudimentaria produce la acción de los cuerpos extraños; y á fuerza de múltiples experimentos, de deducciones lógicas y de profundas observaciones, descubrió uno de los más grandes secretos de la naturaleza, una gran parte del mecanismo de la inmunidad y de la defensa del organismo humano por la fagocitosis.

Admirador de Pasteur, con quien estaba en íntima y frecuente correspondencia, pidió en 1890 un puesto en su Instituto; Pasteur aceptó satisfechísimo su colaboración y le nombró jefe de serservicio del laboratorio de investigaciones. En abril y mayo de 1891 dió Metchnikoff en el Instituto Pasteur una serie de admirables conferencias sobre la *patología comparada de las inflamaciones,* que señalan una fecha memorable en la historia de la biología, y diez años después publicó un voluminoso libro resumen de las conclusiones de sus estudios sobre la inmunidad en las enfermedades infecciosas, obra de indestructible solidez científica, en la que al paso que rebatía las objeciones de sus contradictores, sentaba su doctrina sobre bases cada vez más firmes. El estudio del papel que los fagocitos desempeñan en la génesis de los fenómenos de degeneración senil y de esclorosis de nuestros órganos, le inspiró *Estudios sobre la naturaleza humana* (1903) y *Ensayos optimistas* (1907), libros admirables, así por la profundidad de la doctrina como por la forma atrayente de que ha sabido revestirla, porque Metchnikoff es un gran sabio y un gran poeta.

El Dr. Pablo Ehrlich, director del Instituto de Terapéutica experimental de Francfort, se ha dedicado á la misma rama de la ciencia que el Dr. Metchnikoff, con quien ha compartido el premio Nobel correspondiente á la Medicina, pudiendo decirse de él que ha completado los interesantes estudios de su colega francés. Bacteriólogo eminente, Ehrlich ha logrado comprobar por medio de numerosos experimentos las propiedades inmunizantes de un gran número de cultivos.

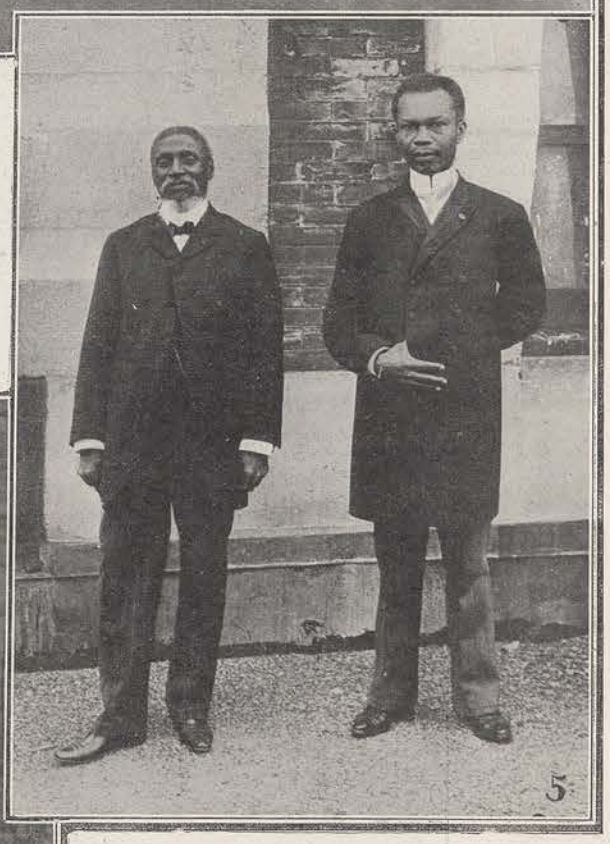


El profesor Gabriel Lippmann, catedrático de la Sorbona de París, agraciado con el premio de Física. (De fotografía.)

Gabriel Lippmann nació en Hallerich (Luxemburgo) en 1845, fué alumno de la Escuela Normal de París y se dió á conocer desde muy joven por sus notables trabajos sobre la electricidad. Después se dedicó á la óptica, y en 1891 dió á conocer su método directo de fotografía de los colores, llamado método interferencial, que, en su género, constituye un invento tan extraordinario como el del teléfono y el de la telegrafía sin hilos. Lippmann obtuvo bellísimos clisés, siendo verdaderamente extraño que haya sido tan poco aplicado un procedimiento que, en el fondo, es poco complicado y que su autor dejó al dominio público.

Hace pocos meses el eminente físico sorprendió al mundo presentando á la Academia de Ciencias los resultados de un procedimiento sumamente ingenioso de fotografía integral, llamado á realizar una importante revolución en el arte fotográfico. En efecto, Lippmann había encontrado el medio de obtener un positivo de cristal que da la sensación del relieve propia de las vistas estereoscópicas, con toda la sucesión de perspectivas que nos ofrece la realidad, y que por el antiguo procedimiento no podían reproducirse. Los primeros clisés obtenidos eran bastante imperfectos; pero el principio del método es cierto, y una vez abordado y en parte resuelto el problema, no ha de ser difícil, y para ello sigue trabajando el inventor, llegar á una solución definitiva que abrirá á la fotografía nuevos horizontes y será, al mismo tiempo, un poderoso auxiliar del arte.—S.

LA REVOLUCIÓN DE HAITI.—Caída del presidente Nord Alexis.—Proclamación de Simón



1. El ex presidente Nord Alexis. – 2. Oficiales de la guardia del palacio del presidente. – 3. El general Simón, elegido presidente de la República. – 4. Vendedora de pan en Port-au Prince. – 5. El general Firmin, á quien se quiso asesinar el día 6 de los corrientes en Port-au-Prince. (De fotografía de Carlos Delius.)

El pueblo haitiano ha sacudido al fin el yugo del despótico presidente de aquella república, el general Nord Alexis. Ya en la primavera última produjose en aquella isla un movimiento revolucionario, pero fué prontamente sofocado, y los que lo habían promovido y pudieron escapar á la venganza del tirano, debieron su salvación al asilo que encontraron en las legaciones extranjeras.

Mas la represión de Nord Alexis no pudo extinguir el sentimiento de protesta de la inmensa mayoría de la nación, protesta que se ha patentizado con la sublevación reciente, que en pocos días ha conseguido un total triunfo.

A fines de noviembre último, el general Antonio Simón, ex delegado del distrito del Sur, sublevóse en los Cails; Nord Alexis envió á su ministro de la Guerra Celestino Syriaque para reprimir aquella insurrección, después de haber proclamado el estado de guerra en las comarcas sublevadas; pero derrotadas las tropas del gobierno en Anse-à-Veau, y obligado Syriaque á refugiarse en el consulado alemán de Miragoano, los insurrectos avanzaron sobre Port-au-Prince, apoderándose de Miragoano y de Petit Grave.

Al saberse en la capital el avance de los sublevados, cundió el pánico, y muchos de sus habitantes huyeron, mientras los ministros extranjeros pedían á sus respectivas naciones el envío de algunos buques de guerra. Pocos días después llegaban á la vista de Port-au-Prince el crucero francés *Duguay-Trouin* y los cruceros norteamericanos *Tacoma* y *Desmoines*.

El presidente Nord Alexis, que se había refugiado en la legación francesa, temió fundadamente por su persona y se trasladó al *Duguay-Trouin* entre los gritos de indignación de la multitud, que quería agredirle y que á duras penas podía contener el cordón de tropas extendido en el trayecto que aquél había de recorrer. La vida del presidente corrió en algunos momentos verdadero peligro, debiendo seguramente su salvación al ministro de Francia Sr. Carterón, que iba en el coche con él y que para preservarlo de las iras del pueblo hubo de cubrirlo con la bandera tricolor francesa.

Apenas embarcado Nord Alexis, las tropas que había preparado para resistir á los insurrectos dejáronse desarmar por el pueblo y huyeron á la desbandada, entregándose entonces el populacho á toda clase de excesos. Las turbas, al ver que no habían podido agredir al presidente, se ensañaron con los partidarios de éste, saqueando sus casas y almacenes y asesinando á doce de ellos. El general Poitevin, al frente de un grupo de paisanos y de algunos soldados, puso término á aquel estado de cosas mandando hacer fuego contra la multitud, que se dispersó dejando ocho cadáveres en las calles.

Restablecido el orden, constituyóse un Comité de Salud Pública, y el día 12 de este mes entró el general Simón triunfante en Port-au-Prince, siendo aclamado por la población en masa con entusiasmo frenético. Al día siguiente fué proclamado jefe del poder ejecutivo, y tomando en seguida posesión de su cargo nombró un gobierno provisional.

El ex presidente Nord Alexis trasladóse del *Duguay-Trouin* al vapor alemán *Sarnia*, á fin de dirigirse á la Jamaica. – R.

LA INFANCIA DE JESÚS, cuadro de J. Kopps, grabado por Ricardo Bong. (Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Munich.)

JOSÉ ALCOVERRO Y AMORÓS

Víctima de penosa y prolongada dolencia falleció el día 10 del actual en Madrid, en donde hace años residía, el inteligente y laborioso escultor José Alcoverro, cuyas principales obras conocen nuestros lectores por habernos cabido la satisfacción de reproducirlas en las páginas de esta Revista.

El escultor José Alcoverro y Amorós, fallecido en Madrid el día 10 del actual. (De fotografía.)

Fué un artista que sin otras circunstancias que sus méritos y asiduidad llegó á alcanzar la consideración y estima de sus contemporáneos. Nacido en Tivenys, pueblo de la provincia de Tarragona, trasladóse á Madrid en sus juveniles años, dando pronto muestra de sus aptitudes en la Escuela Superior de Pintura y Escultura, recibiendo sus primeras enseñanzas del profesor D. José Piquer.

Terminados sus estudios y establecido en la coronada villa, entregóse por completo al cultivo del arte, logrando distinguirse, según lo demuestra el hecho de haber sido premiado en la Exposición Nacional de 1866 por su obra *Ismael desmayado de sed en el desierto*, que fué adquirida por el Estado y hoy figura en el Museo de Valencia. A este triunfo siguieron los que obtuvo en la Exposición de 1871 por el *Mendigo*, *Lázaro* y *Jesús y la Magdalena;* en la de 1876 por la estatua de *Hernán Cortés;* en la de 1881 por el sentido grupo *El primer lazo del amor;* en la de 1884 por la estatua representando al profeta *Jeremías*, y en la de 1897 por la hermosa representación alegórica *El Valor*, asignándosele también medalla de oro en la Exposición de Chicago.

Extenso es el catálogo de sus producciones, mereciendo citarse entre ellas las estatuas de *Alfonso el Sabio* y la de *San Isidoro*, que ejecutadas en mármol se hallan colocadas en la escalinata de ingreso de la Biblioteca Nacional; la de *Berruguete*, en la portada del Museo Arqueológico de Madrid; las de *Jaime Balmes* y *Ulloa*, en el Ministerio de Fomento; la de *Argüelles*, que corona su monumento; las de la *Justicia*, la *Agricultura*, la *Ola*, la *Luz eléctrica*, *Guzmán el Bueno*, *Rosini*, etc., así como el notable mausoleo de la marquesa de Casas-Novas en Javier (Navarra).

Fué Alcoverro un entusiasta artista, dedicando al cultivo de la escultura todo el esfuerzo de su inteligencia y todas sus energías. De carácter afable y bondadoso, cumplido caballero y amante de su familia, ha podido legar á sus hijos un nombre respetado y un ejemplo que imitar.

Descanse en paz el que fué amigo querido, y sirvan estas líneas de testimonio del buen afecto y de la consideración que siempre le profesamos.

HABANA

MONUMENTO Á CERVANTES

El día 1.º de noviembre último inauguróse solemnemente en la Habana el monumento erigido á Cervantes por iniciativa del Consejo Provincial y de la Lonja de Comercio de aquella capital. Sobre un pedestal de elegantes líneas descansa la estatua del inmortal autor del *Quijote*, hábilmente modelada; en una mano tiene unas hojas de papel; en la otra, la pluma, y todo en la figura armoniza con la idea que tenemos formada de Cervantes.

El monumento se alza en la Plaza de San Juan de Dios.

La comisión gestora que ha cuidado de su erección componíase de los señores siguientes: D. Enrique Asbert, presidente; D. Pedro Bustillo, vicepresidente; D. Julio de Cárdenas, D. N. Maciá, D. Vidal Morales, D. J. A. Pumariega, D. Nicolás Rivero, D. Laureano Rodríguez, vocales, y don Sergio Cuevas Zequeira, secretario.

Ese homenaje que á la madre patria dedica la joven república cubana, merece la gratitud de los españoles y es una prueba más de que existen entre los pueblos vínculos que las vicisitudes históricas no pueden romper, porque están arraigados en lo más hondo de las almas.

Habana.—Monumento erigido en honor de Cervantes por iniciativa del Consejo Provincial de la Habana y de la Lonja del Comercio, inaugurado el día 1.º de noviembre último. (De fotografía facilitada por D. José del Valle.)

MONUMENTO A MISTRAL

El inspirado autor de *Mireya* y de *Calendal*, esos dos admirables poemas que exhalan todo el perfume de la poética Provenza; el dulcísimo vate que parece concentrar en su alma el alma de todo el pueblo provenzal; el patriota eminente que tanto ha hecho por la tierra que le vió nacer; el ciudadano ilustre que ha dotado á Arlés del Palacio del Felibrige, importantísimo museo de arte y etnografía regionales, recibirá en breve un homenaje solemne del cariño y de la admiración de aquel pueblo á cuya glorificación ha consagrado su vida entera. Dentro de poco, en efecto, se inaugurará en la plaza del Forum de Arlés un monumento á él dedicado y del cual forma parte la estatua que adjunta reproducimos, admirablemente modelada por Teodoro Riviere.

El monumento ha sido costeado por subscripción popular entre los amigos de Mistral y los admiradores del Felibrige, y su inauguración coincidirá con la del Palacio citado, ó *Mouseon Arlaten*, que, como decimos, es obra suya y al cual destinó, aparte de otras sumas considerables, los 50.000 francos que, como agraciado con la mitad de uno de los premios, obtuvo en el concurso Nobel del año 1904.

Monumento á Federico Mistral que dentro de poco ha de inaugurarse en Arlés, obra del escultor Teodoro Riviere. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* – Han expuesto recientemente: Triadó, varios cuadros al óleo perfectamente dibujados, de sólido colorido y de muy agradable efecto; Potán, algunas graciosas caricaturas; y Barrau, diez y siete cuadros notabilísimos por su perfecto dibujo, por su color vibrante y por sus figuras llenas de vida.

Espectáculos.—Madrid. – Se han estrenado con buen éxito en el Español *La corte de Carlos IV*, comedia en cuatro actos sacada del episodio nacional de Pérez Galdós del mismo título por Mauricio López Roberts; en la Comedia *Sherlock Holmes*, comedia melodramática en cinco actos, arreglada á la escena española por Manuel Melgarejo; en el Príncipe Alfonso *Cigarras y hormigas*, poema en un acto de Santiago Rusiñol, traducido al castellano por G. Martínez Sierra, y *La pulsera*, comedia en un acto de Eugenio Sellés; en Lara *Sor Filomena*, adaptación de la novela del mismo título de los hermanos Goncourt por el conocido crítico que firma Alejando Miquis, y *La viuda de Secha*, juguete cómico en un acto, arreglado del francés por Emilio Mario; en la Zarzuela *A. B. C.*, revista en un acto y cuatro cuadros, letra de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Jiménez, para la cual ha pintado hermosas decoraciones el Sr. Muriel; en el Cómico *Las manos largas*, vaudeville en tres actos, arreglado del francés por Enrique López Marión, y *La ilustre fregona*, zarzuela en un acto, letra de Sinesio Delgado, música del maestro Calleja; en el Gran Teatro *S. A. el brasero*, zarzuela en un acto, letra de los señores Arras y Fernández y Lapuente, música del maestro Torregrossa, y *Las molineras*, zarzuela en un acto de los Sres. Thous y Cerdá, música del maestro Lleó; en Price *Los saltimbanquis*, zarzuela en tres actos, letra de Ordonneau, música de Ganne, arreglada á la escena española; en Eslava *Si las mujeres mandasen...*, caricatura lírica, letra de los Sres. Fernández Lapuente y Frutos, música de los maestros Lleó y Foglietti; en el Ideal Polistilo *La casa de la dicha*, comedia en un acto de Jacinto Benavente; en el Salón Venecia *El doctor Mendoza*, juguete cómico en un acto de los Sres. Perrín y Palacios; y en el Salón Regio *Los estudiantes burlados*, zarzuela en un acto, letra de Manuel Castro, música del maestro Castilla.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *Sanga*, drama lírico en cuatro actos, poema de Eugenio Morand y Pablo Choudens, música de Isidoro de Lara; en la Comedia Francesa *Le foyer*, comedia en tres actos de Octavio Mirbeau y Tadeo Natansón; en la Renaissance *L'oiseau blesé*, comedia en cuatro actos de Alfredo Capus; en el Odeón, *Bienheureuse*, comedia en un acto y en verso de Juan Bouchor; *Le poussin*, comedia en tres actos de Edmundo Guiraud, y *Pylade*, comedia en un acto y en verso de Luis Legendre; y en el Ambigu *La Boscotte*, drama en cinco actos y seis cuadros de la Sra. Maldagne.

Para dar al cutis frescura seductora y suave aterciopelamiento, las parisienses usan la

CREMA DE SIVA

la mejor, la más útil y la más agradable de las cremas conocidas; la que ha sido adoptada por las elegantes de la alta sociedad mundana.

COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES, 57, RUE SAINT LAZARE, PARÍS. – De venta en todas las buenas perfumerías.— Depositario en España: Pérez, Martín, Velasco y C.ª—Madrid.

Depositario en Buenos Aires: Marcelino Bordoy, 1150. Venezuela, 1154.

En aquel instante su pie tropieza con el cuerpo inmóvil

LEJOS DEL NIDO, por Adolfo Ribaux

Dibujo de Sardá

El palacio San Giorgio, en Génova, está situado entre la Bolsa y la parte más animada del puerto; fué construído en el siglo XIV por la aristocracia mercantil y sirvió de residencia al famoso Banco de San Jorge, que parecía llamado á un magnífico porvenir y que, sin embargo, quebró á consecuencia de las discordias civiles de aquella época trágica.

Hoy aquel edificio, de bello estilo veneciano, á la vez gracioso é imponente, es una de las curiosidades de la ciudad, menos conocida por los turistas de lo que en realidad merece. Contiene archivos en la planta baja; en el primer piso hay hermosos salones adornados con frescos y en el mayor de los cuales se admira una colección de bustos de hombres ilustres que data del siglo XV. El resto está destinado á la aduana y sirve de alojamiento á una escuadra de carabineros, y no la menos numerosa de aquella gran ciudad traficante.

Son las siete y media de la noche y en el viejo palacio reina un movimiento febril: en el refectorio ha terminado la cena, una cena frugal, compuesta de una sopa de habas y de un *risotto;* y en los corredores y las escaleras es un continuo ir y venir de carabineros, alegres unos, porque tienen permiso para retirarse á media noche y porque siendo Carnaval, todos los teatros funcionan, y contrariados otros por tener que volver á su encierro después de haber disfrutado de cierta libertad durante la tarde, que han consagrado quién á un amorío, quién á visitar á su familia, éste á una partida de bolos ó de naipes, aquél á una *bichierata*. Oyense en todas partes discusiones y protestas de unos porque han de sufrir quince días de arresto, si no son más; de otros, porque ven denegada una licencia con la que contaban, y la llegada del correo ha sido para unos una satisfacción y para otros un desencanto. Un piquete termina el servicio á las ocho y otro ha de substituirle; los carabineros que entran de guardia se han puesto el uniforme de diario reemplazando el sombrero con pluma por la boina y abrigándose con el capote de paño azul gris, porque aprieta la tramontana, tan temible en Génova; y se procede á la distribución de los sitios en donde cada cual habrá de hacer centinela.

—Vicente Tiburzi, á la Strega.

Vicente Tiburzi es un chico joven, casi un niño, guapo, de cabeza clásica con cabellos negrísimos que forman una especie de casco de rizos cortos, como en las estatuas del Capitolio y del Vaticano. Tiene todo el tipo del pastorcillo ó labriego de la campiña romana, y en efecto, ha nacido en los montes Albanos, cerca del lago de Nemi, espejo de la casta Diana. Sus ojos son hermosos, negros como su cabello, y su boca debe ser deliciosa cuando sonríe; pero en aquel momento no sonríe; al contrario, contráese en un pliegue de amarga tristeza. Su frente escultural está surcada por precoces arrugas, y sus aterciopeladas pupilas tienen una mirada de perro apaleado, una expresión de espanto que raya en angustia, al escuchar la orden del sargento: «¡Vicente Tiburzi, á la Strega!»

—¿A la Strega, señor sargento?, pregunta el muchacho estremeciéndose.

—Sí, responde aquél con acento burlón. Y ¡cuidado con escaparse como la semana pasada, á pretexto de que allí se ven fantasmas! Cierto que de algún tiempo á esta parte todos los que en Génova están hartos de la vida han tomado la costumbre de arrojarse desde lo alto de aquel muro; pero los muertos bien muertos están, y un carabinero no ha de tener esas supersticiones propias de mujeres.

—Señor sargento, ¡póngame en cualquier otro sitio que no sea ese!.. ¡Por lo menos hoy!

El superior, un hombre grueso, coloradote, de complexión apoplética y genio irascible, frunce el ceño.

—¿Cómo se entiende, discutir mis órdenes? ¿Qué significa esto? ¡Ea, en marcha y pocas tonterías! La primera vez se le trató á usted con indulgencia por ser un quinto y porque sus compañeros le habían trastornado el juicio á propósito de esos suicidios; por esto el castigo fué leve... Pero la segunda falta le costará á usted un mes de pan y agua y servir luego en la compañía disciplinaria. Precisamente para quitarle esas aprensiones se le destina á usted al mismo sitio; y allí irá usted.

—¡Señor sargento, por caridad!

—¡Silencio!

Fórmase el retén, y en la obscuridad de la noche relucen los fusiles. Vicente, pálido y temblando como la hoja en el árbol, se pone en fila y marcha al puesto á que lo han destinado, al *Muraglione della morte*, al murallón de la muerte, que está más allá del dique de carena, adonde van los buques para repintar sus cascos, más allá de las baterías de la Strega; mucho más lejos, en la desembocadura del Bisagno.

Hacia la derecha, á un centenar de pasos, ofrécese una vista magnífica, lo mismo de día que de noche. De día, se ven la ciudad, que se extiende en semicírculo, desde Cavignano al Faro, á la *Lanterna*, como dicen los genoveses, oprimiendo su golfo como en una caricia; la *Superba*, con sus casas de abigarrados colores, sus palacios patricios, sus numerosos campanarios y con sus jardines de aspecto meridional, en donde abundan las magnolias, prosperan las palmeras y los bosquecillos de adelfas, sobre todo en la *Villetta di Negro*, recuerdan, en primavera, la Sicilia y las islas Jónicas. Encima, multitud de colinas sembradas de quintas multicolores medio ocultas entre higueras, almenares y olivos, y coronadas por una bélica diadema de inexpuhnables fuertes cuyas almenas se destacan sobre un cielo deslumbrante. Y al otro lado, el puerto en actividad incesante, con sus muelles obstruídos por mercancías, con su gentío de comerciantes y faquines que no cesan de moverse y con su bosque de mástiles y de chimeneas; aquel puerto en donde suenan á intervalos los mugidos de las sirenas ó las salvas de los buques de guerra, y del cual salen hermosos buques con rumbo á las dos Américas, al legendario Oriente, á la fabulosa Australia. Todo aquel panorama aparece bañado en una luz límpida, de fulgurantes auroras y radiantes puestas de sol; y en las noches serenas, las innumerables estrellas del firmamento y los variados reflejos y claridades del mar forman un espectáculo inolvidable.

Pero desde el sitio en donde está de centinela Vicente, no se goza de aquel panorama. Encima de él, á lo largo del Corso Aurelio Saffi, pasan desde las siete de la mañana hasta media noche los tranvías eléctricos sin hacer ruido; la ciudad está enteramente escondida, y sólo á la izquierda se ve el arrabal industrial de la *Foce*, de aspecto triste. En aquel lugar, la costa está erizada de arrecifes; no hay un árbol, ni un arbusto, ni una hierba; únicamente rocas, piedras, por entre las cuales serpentea un sendero que utilizan los pescadores de caña. Alzase allí una casita casi cuadrada, sin ningún adorno, adonde puede retirarse el carabinero después de cuatro horas de servicio, cuando le reemplaza un compañero; en ella encuentra una reducida estancia con un catre, y ¡dichoso quien se echa en aquella cama, con el cuerpo rendido, y duerme un sueño profundo y sin pesadillas!

Vicente, el pobre, sueña despierto.

Sueña con su infancia, con su juventud, con la tranquilidad de los años transcurridos, con su madre, con su hermano pequeño, con la lejana aldea, á la que ama como el labriego ama la tierra en que nació, con una pasión á la vez ingenua y algo salvaje. Su padre, que era gendarme, murió muy joven persiguiendo á unos bandidos; la viuda recibía una pensión insignificante, así es que la familia había de ingeniarse para vivir, la madre cultivando un huertecito que con una humilde cabaña constituía toda su fortuna, y los huérfanos cogiendo frutos silvestres, plantas medicinales, flores de ciclama rosa, que tanto abundan en los bosques inmediatos, ó bien sirviendo de *ciceroni* á los extranjeros y ganando de esta suerte unos cuantos céntimos. Eran pobres, ciertamente; no comían carne todos los días, la madre iba miserablemente vestida y los chiquillos andaban descalzos y, sin embargo, ¡cuán dichosos se sentían! ¡Y aquella hermosa comarca de los montes Tebanos, en donde los lagos de Albano y de Nemi brillan como ópalos entre los olivos y las encinas que pueblan sus orillas, y desde el cual se distingue la inmensa *Campagna* como un océano de verdura surcado por las gloriosas ruinas de los acueductos, y allá á lo lejos Roma, que bajo ciertas combinaciones de luz parece tan cercana y de la cual se divisa, entre una dorada neblina, la sagrada cúpula de San Pedro. Sí, sí, Vicente había vivido feliz en aquel sosegado paisaje, en donde una pacífica sonrisa parece alegrarlo todo, con su madre, joven todavía por sus años, pero envejecida por las fatigas y las penas, con su hermano Pippo, y con una amiguita, Gioconda, una muchacha linda como las primeras flores en la primavera, vestida con una saya encarnada y tocada con una blanca cofia, la cual muchacha, andando el tiempo, quién sabe si...

Después llegó Vicente á la edad del servicio militar; en infantería habría cobrado diez céntimos diarios, al paso que el carabinero cobra sesenta francos al mes... Y además, Vicente había admirado desde niño aquel elegante uniforme de cabos amarillos y sobre todo el sorprendente sombrero con pluma. ¡Sesenta francos! Con sesenta francos sería rico y podría enviar á su madre lo suficiente para que viviera en la abundancia, y de cuando en cuando un regalito á su amada Gioconda. Y por estas razones había sido *guardia di finanza,* primero en Nápoles, en el depósito en donde los quintos del cuerpo aprenden su profesión, después en Ferrara, cerca de las lagunas de Comacchio, una comarca melancólica, insalubre; en la que todo el mundo padece la *malaria,* y por último en Génova, en donde la existencia era quizás más divertida, pero el servicio, en cambio, era más duro.

¡Ah, cuán cara se pagaba la linda *divisa* y cuán pesado resultaba el plumerito conquistador!

Desde la primera semana habíase sentido Vicente muy desgraciado. ¡Qué diferencia entre su existencia libre en plena naturaleza y aquella férrea disciplina! En Nápoles, el ruido, el movimiento, le daban vértigo; en Comacchio había tenido dos veces las fiebres, y la segunda había llegado á tal estado de gravedad que se desconfiaba de salvarle. Ni un momento dejaba de pensar en su querido Nemi; nada valía para él lo que aquellas montañas ricas en ensueños y embalsamadas con el aroma de los pinos. Recordaba las mañanas deliciosas en que corría sobre los tréboles y por los campos de habas cubiertos de rocío; su casita rústica, sobre cuya puerta había una imagen de la Virgen de barro; las noches de luna en que bailaban debajo del emparrado al son de la mandolina; las épocas alegres de las estaciones, la siega, la vendimia, la abundante y opulenta vendimia de los *castelli romani,* que llena los aires con el olor del vino nuevo y de gozo intenso los corazones. Recordaba á su madre, siempre atareada y tan buena siempre; á Pippo, algo formalote, que apenas hablaba y no bailaba nunca; y á Gioconda, tan encantadora cuando iba al mercado llevando sobre la cabeza una cesta de melocotones ó de higos, ó cuando daba de comer á los palomos que le picoteaban los labios, ó cuando, para adornar el altar de la *madona,* cogía rosas silvestres en los trigales. Allí había crecido como un arbolillo; allí había saboreado el placer sencillo, pero hondo, de la oropéndola entre las cerezas, del zorzal entre los jugosos racimos de uvas.

¡Y en cambio, ahora, ahora!

No podía vivir al día, con una placidez de bestia, como muchos de sus compañeros, flemáticos, indiferentes, sino que todo lo sentía con mayor intensidad. ¡Ah, cuánto más penoso era el servicio y cuánto más dura la disciplina en Génova! Estaba acostumbrado á brigadas poco numerosas, y había ido á caer en aquel cuartel de San Jorge, que alberga á un centenar de carabineros. La ciudad era bonita, pero ¡cuán ruidosa! La animación y el tráfico de aquellos muelles no tenían punto de comparación con los de los muelles de Nápoles, y él estaba allí como atontado; el rechinar de las grúas, el continuo ir y venir de los trenes, los silbidos de los vapores, aquella muchedumbre que gesticulaba y hablaba á gritos, le tenían medio sordo, y el resultado fué que cometió torpezas, que le regañaron y que se mofaron de él. Entre sus compañeros había varios romanos; ninguno, sin embargo, de su comarca, ninguno con quien pudiese trabar amistad, á quien pudiese abrir su corazón, aquel corazón de pastorcito sin instrucción, pero con su rinconcito de poesía y de ternura y con su sentimiento innato de la justicia. Sus jefes le inspiraban un temor lancinante; tenía la vaga sensación de que le tomaban por un imbécil, de que le despreciaban, y esta idea mortificaba su amor propio.

En torno suyo, entre los demás carabineros, adivinaba desconfianzas, animosidades mal disimuladas, envidias y espionajes, cuando á él le parecía que todos debieran haber sido hermanos. Una palabra dura le hería en lo más vivo; un reproche inmerecido le sublevaba.

Y aparte de esto, los sesenta francos mensuales se escurrían entre sus dedos, porque todo estaba caro en Génova; así es que, después de haber pagado su manutención, las cuotas, á la lavandera, al zapatero y al barbero, ¡le quedaba tan poco, tan poco! Para enviar una módica cantidad á su madre había de privarse hasta de un vaso de vino cuando tenía algunas horas de libertad y se iba fuera de la población. Era uno de esos muchos pobres diablos con uniforme que vagan como almas en pena, deteniéndose ansiosos delante de las confiterías, de los bars y de los cafés y sin entrar nunca en ellos, porque el único lujo que pueden permitirse es un cigarro, y esto sólo en los días en que repican gordo.

¡Oh, cuán solo se sentía Vicente! Tanto más cuanto que hacía algún tiempo que su madre no le había escrito. Cada día esperaba con creciente impaciencia y cada vez que entraba en el cuartel preguntaba si había para él una carta. Pero ¡nada! ¡Siempre nada! ¡Y le hacían tanta falta aquellas cartas maternales, que aun siendo cortas, pues el escribir era para la pobre mujer un verdadero sacrificio, le llevaban un consuelo, una esperanza, un poco de calor del nido! Sin ellas, sentía una abrumadora impresión de aislamiento, veíase privado de todo punto de apoyo, estaba profundamente abatido, y su rostro despierto y alegre de joven fauno se demacraba hasta el punto de ponerse desconocido.

* * *

Y he aquí que una nueva desgracia había caído sobre él; su sargento lo había puesto de servicio en el *Muraglione della morte,* aquella terrible muralla que en Génova tenía tan terrible leyenda.

En efecto, desde hacía algunos años, aquel triste lugar era el que elegían los desesperados para suicidarse: un salto en el vacío, un corto espasmo y al día siguiente cuatro líneas en los periódicos. Sólo en la quincena que había precedido á la llegada de Vicente á Génova había habido tres suicidios de éstos en circunstancias verdaderamente desconsoladoras, y los carabineros de la quinta brigada que por turno hacían centinela al pie de aquel muro nefasto, habían acabado por alterarse. Algunos, los veteranos, avezados á todo, hacían burla de aquellas tragedias; pero muchos, que habrían sido valientes contra el enemigo, y que se habrían arrojado al fuego para salvar á una mujer ó á un niño, pues tales actos de heroísmo son frecuentes entre los carabineros, siendo no pocos los que sobre el pecho ostentan la medalla de honor, sentían un estremecimiento cuando los destinaban á aquel lugar. Y hasta se había hecho correr el rumor de que aquel maldito extremo de playa era visitado por fantasmas: un carabinero aseguraba haber oído suspiros, voces de ultratumba; otro juraba por el alma de sus queridos difuntos haber visto apariciones. Poco á poco todas aquellas figuraciones habían ido siendo la fábula del cuartel, gracias á la superstición que anida en el espíritu de todos los italianos de la clase baja, y aquella fábula era una de las primeras cosas de que, al desembarcar, se había enterado Vicente.

El pobre muchacho creía en aparecidos, pues los había habido en su tierra; por esto se había puesto amarillo como la cera una noche en que el sargento lo destinó á aquel lugar terrible.

Sin embargo, había ido allí sin murmurar; pero ¡cuán larga le había parecido aquella guardia de cuatro horas, paseándose por la estrecha playa, entre los escollos! Era una de esas noches nebulosas poco frecuentes en Génova y que por lo mismo producen en aquella ciudad un efecto más fantástico; flotaba en el aire un velo de ligera neblina, las luces de la *Foce* tenían una lividez mortuoria y el mar dejaba oir sus roncas voces. ¡Y Vicente no había tenido noticias de Nemi, de su madre! ¡Cómo recordaba los campos pardos de su tierra, el verde follaje, las formas adorables de las montañas, el sano olor de los terruños recientemente removidos! El muchacho apelaba á toda su energía, se contaba ingenuamente á sí mismo historias á fin de no pensar; se decía que era un soldado, que no debía dejarse dominar por pensamientos locos, por temores pueriles y que la necesidad es un duro aguijón, pero que hay que someterse á ella. El reloj de la iglesia más cercana había dado las once, lanzando al aire sus campanadas lentas y lúgubres; de pronto Vicente se estremeció, helósele la sangre en las venas y los cabellos se le erizaron... ¡Allí, allí, al pie del *Muraglione,* aquella forma blanca!.. Era indudablemente un efecto extravagante de niebla, pero en un segundo acudieron á la memoria del centinela los espantosos relatos que había oído contar en el cuartel, y sin poder evitarlo, por uno de esos impulsos animales imposibles de resistir, tiró su fusil, subió á saltos la empinada escalera que daba al *corso* y que estaba cerrada por una verja cuya llave él tenía, y corriendo siempre, se dirigió al cuartel, adonde llegó aniquilado, cayendo sin sentido sobre un banco.

Cuando explicó las causas que le impulsaron á obrar de aquel modo, sus jefes acogieron sus palabras con sonoras risotadas.

—¿Conque es usted un gallina?

—¡Abandono de guardia! ¡La cosa es grave, muchacho!

A pesar de todo, tuvieron compasión de él, y apreciando como circunstancias atenuantes su juventud y la falta evidente de premeditación, le impusieron ocho días de prisión simple, ocho días de encierro en una especie de subterráneo con una tabla de madera por toda cama, con prohibición de leer, de escribir, de fumar y de tener una lámpara ó una vela encendida y sin más que una hora al día para comer y tomar el aire. Se habían portado bondadosamente con él y él les estaba agradecido; pero de todos modos, aquel encierro era terrible, y al salir de él sentíase más débil, más deprimido que antes. Lo único que le alentaba era la esperanza de encontrar una carta, y esa esperanza quedó pronto desvanecida. Para colmo de desdichas, el día después de su salida de la prisión el sargento le enviaba al mismo sitio, al *Muraglione della morte,* quizás por un refinamiento de crueldad, acaso con buena intención, por el deseo de «formarlo,» según él mismo había manifestado, para su rudo servicio.

No había niebla aquella noche, pero la obscuridad era tan absoluta, que Vicente tropezaba á cada paso en los escollos y la tramontana soplaba furiosamente; era una de esas noches que evocan la idea de asesinatos, de catástrofes, de naufragios; una de esas noches de aquella costa liguria, tan bella y tan peligrosa, en que caen de rodillas las madres, las esposas y las hijas de los que viajan sobre el pérfido elemento, pronto á devorarlos.

Vicente recapituló los incidentes del día. Como había terminado la guardia á media noche y debía reanudarla al mediodía, hubiera querido salir temprano para escribir tranquilamente á su madre en una *osteria* cualquiera; pero por haber un oficial encontrado en el uniforme de uno de los hombres una pequeña infracción al reglamento, había prohibido á toda la brigada la salida de la mañana. Por la tarde, fué al correo para averiguar si tenía detenida alguna carta, y luego subió al tranvía, porque le dolía mucho un pie; allí vióse brutalmente interpelado por un cabo.

—Qué, ¿no conoce usted á sus superiores?

—Sí, señor; pero no le había visto.

—¿Cómo se llama usted? ¿A qué brigada pertenece?

¡Y aquel hombre parecía tan violento, tan irascible! ¿Quién sabe si daría parte?

¡Oh suaves colinas de Nemi! Vicente pensaba más que nunca en ellas. Muy pronto el narciso y el junquillo las cubrirían con la nieve y el oro de sus corolas; muy pronto florecerían los almendros y los melocotoneros; muy pronto se reanudaría la tarantela bajo los porches guarnecidos de jazmín y madreselva.

¡Y él, desterrado, porque estar lejos de Nemi era para él un destierro, consumiéndose de hastío, recogiendo sin querer en su corazón malas semillas, desequilibrándose, viendo aumentar su miseria de alma y de cuerpo, en medio de mil pequeños pormenores y de una agonía perenne!

¡Nunca había pasado Vicente una hora más terrible que aquella!

Otras veces, en sus correrías por los bosques de su querido Nemi, en días de tempestad, le había parecido oir un rumor semejante al del mar alborotado; pero no era de noche, ni él se hallaba en la esclavitud; y al través de las encinas veía brillar, entre jardines, la fachada de su casita, conocía agrestes retiros en donde resguardarse, y sobre todo era libre como un choto, como una liebre que salta entre el tomillo y la mejorana. ¡En cambio, ahora!.. ¡Y un mes sin carta! ¡Dejarle tanto tiempo sin noticias! ¿De modo que le abandonaban, que le olvidaban? Vicente no estaba en situación de reflexionar, de razonar; la fiebre que le abrasaba hacíale exagerar ideas y sensaciones: le abandonaban, le olvidaban, y Gioconda, que debía estar ya muy crecida, habría encontrado seguramente otro novio y ya no se acordaría de él, del pobre amigo de la infancia que tanto la añoraba. El mar rugía cada vez más furioso, estrellándose contra los escollos, cubriéndolos de espuma y produciendo un estrépito infernal; las tinieblas hacíanse imponentes, apenas rasgadas de cuando en cuando por un breve destello rojo, blanco ó verde de los faros, que cegaba sin dar luz. ¡Y allí aquella muralla de quince metros de alto, desde la cual se habían precipitado tantos infelices, el *Muraglione della morte!*

Aquellos suicidas se habían cansado de buscar pan en vano; no querían que el orgullo y la riqueza les salpicaran de lodo mientras ellos perecían de hambre; estaban hastiados de una engañosa y cruel existencia. Habíales faltado el valor, y una noche, después de vagar, ebrios de cansancio y de amargura, por el corso, plantado de pimenteros y palmeras, y de haber contemplado por última vez la gran ciudad con su brillante diadema y el inmenso mar, y medido la altura y el horror de su caída, no habían vacilado en matarse, porque ya no tenían fuerzas para seguir luchando. Vicente pensó en el último de aquellos suididas, un viudo sin trabajo que se había arrojado desde lo alto de la muralla con su hijo; el carabinero de servicio en aquel momento, que era vecino de cama de Vicente, le había descrito el suceso: una noche obscura y amenazadora; de pronto un grito estridente y dos cuerpos estrellándose contra las rocas, dos cráneos abiertos y los sesos esparcidos en medio de una gran mancha roja.

«¡Dios mío, Dios mío!»—murmuró Vicente volviéndose de espaldas para no ver aquel abominable sitio.

¡Ah, también él está cansado de la vida! ¿Por qué su anciana madre no le ha escrito en cuatro semanas? ¿Estará tal vez enferma? ¿O quizás enfadada porque dos meses seguidos no le ha enviado, á pesar de su estricta economía, más que cinco francos? De todos modos, bien habría podido Pippo ponerle dos líneas. Y Gioconda ¿por qué le olvida? «¡Abandonado! ¡Olvidado!» he aquí las ideas que no se apartan de su mente. Y así habrá de vivir todavía cuatro años, solo, aguantando las ruines bromas de los compañeros que, no comprendiéndole, se mofan de él, y sufriendo á veces la maquiavélica hostilidad de jefes gruñones y déspotas, llevando, en fin, una existencia de esfuerzos, de inquietud, de padecimiento. Pensando esto, siente un dolor inexpresable, un dolor de niño, ingenuo, agudo, lacerante. El mar rugiente le espanta; tiene miedo de aquella obscuridad á cada momento más compacta, de aquellos remolinos de espuma que se forman en torno de los escollos; las piedras se le antojan repugnantes reptiles, y cree ver á su alrededor espectros que le amenazan, que tienden hacia él sus garras. Pero por encima de todo le amedrenta aquella pared siniestra, gigantesca, que evoca tan dolorosos dramas, el *Muraglione della morte*. Una sugestión se apodera del impresionable Vicente, del campesino de corazón tierno y soñador, y en un instante se olvida de su madre, de su hermano, de Gioconda, de la aldea oculta en el hueco de los montes Albanos, de su deber de soldado, de que la patria tiene puesta su mirada en el más humilde de sus hijos y de que el suicidio es también una deserción. Está cansado, muy cansado, no es ya dueño de sus sensaciones, y una necesidad impetuosa, indomable, de reposo, de libertad, le asalta, le penetra le subyuga... ¿Y qué otra libertad, qué otro reposo que la muerte, refugio de tantas criaturas descarriadas, enloquecidas, que desde lo alto de aquella muralla han ido á estrellarse contra aquellos arrecifes?

¿No ve acaso sus sombras que le llaman?

Vicente cree distinguir á su alrededor una macabra danza de fantasmas, y presa de una especie de alucinación arma su fusil, se lo introduce en la boca y con un movimiento convulsivo, inconsciente, oprime el gatillo.

Al pronto nada siente. ¿De modo que el matarse no causa ningún dolor? ¿Tan fácil es morir? Después, una sensación de picadura extraña, ardiente; luego una súbita lasitud, la ilusión de caer lentamente, de rodar sin sufrimiento hacia un abismo insondable.

—¡Tiburzi! ¡Eh, Tiburzi! ¡Vicente!

El pobre muchacho, tendido, con la boca llena de una baba rojiza, oye como en sueños aquel llamamiento.

—¡Tiburzi! ¡Vicente! ¿Dónde estás?

Vagamente distingue á un carabinero que va de un lado á otro, llama á la casita y busca por todas partes; pero el desdichado no puede gritar, ni siquiera gemir.

—¡Tiburzi! ¡Tiburzi! ¿Dónde diablos se habrá metido?, murmura el recién llegado.

En aquel instante, su pie tropieza con el cuerpo inmóvil.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y el bondadoso muchacho, el único que se había mostrado algo afectuoso y comprensivo con Vicente, se inclina, se arrodilla y enciende fósforos, pues el viento ha calmado.

—¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado? ¡Dios mío! Paréceme que está herido... Sí, aquí hay sangre.

Y una sospecha cruza por la mente del carabinero.

—Vicente, ¿no me oyes? Vaya, compañero, es preciso que me escuches. . Tu madre está ahí, sí, en Génova; ha llegado esta noche y ha ido en seguida al cuartel para darte un abrazo... Le han dicho que estabas de centinela y que no podría verte hasta mañana... Entonces yo, que me hallaba presente cuando el sargento la ha recibido y que venía notando tu tristeza de estos últimos días, me he escabullido para venir á comunicarte la feliz noticia.

Pero Vicente ¡ay! no contesta; únicamente una luz ha brillado en sus ojos y su mano ha cogido la del compañero, la del buen Samaritano á quien mucho le será perdonado por su acto de misericordia, y se la ha estrechado con toda la fuerza que le queda.

—¡Vicente, Vicente! ¿Habrá de morir así?

Como es inútil gritar, porque el mar ruge todavía, el aduanero, con riesgo de romperse las piernas entre las rocas, sube en cuatro saltos la escalera, detiene el primer tranvía que pasa y que tiene su estación de llegada á diez pasos del palacio San Giorgio, hace un encargo al conductor, vuelve presuroso al lado de Vicente, y á falta de mejor auxilio le lava con agua la frente y las muñecas y le limpia solícitamente los labios cubiertos de roja espuma, mientras le murmuta al oído.

—¡Animo, Vicente! Tu madre está allá; la verás mañana..., la verás mañana...

* * *

También ella, la pobre madre, habíase encontrado perdida y triste en una cabaña de los montes Albanos desde la partida de Vicente. ¡Qué vacío, qué inmenso vacío! Parecía que el muchacho de noble y agraciado rostro se lo había llevado todo con él: el jardín era más difícil de cultivar, la tierra más dura, y ella sin su hijo, ya no se fijaba en el paisaje, ni en las azuladas aguas de los dos lagos, ni la inmensa superficie verde de la *Campagna*. Añoraba más de lo que se había imaginado á Vicente, á aquel hombrecito hábil, trabajador, entendido en cosas de agricultura, un verdadero labriego, en una palabra, á quien también parecían echar de menos los animales domésticos, el cerdo, las gallinas.

—¿Te acuerdas?, decía la buena mujer á Pippo, el el hijo menor, de carácter algo extravagante, apartado de las labores rústicas y que prefería la lectura de unos grandes libros que le prestaba el párroco, á quien el muchacho servía con regularidad y devoción de monaguillo.

Pippo contestaba afirmativamente, con un signo de cabeza, sin entusiasmo y pensando en otras cosas.

—¿Te acuerdas?, preguntaba también á Gioconda, que iba de cuando en cuando á verla.

La muchacha sí que la escuchaba con atención. ¿Que si se acordaba? ¡Ya lo creo! ¡De todo se acordaba, de todo! Hasta de pormenores que la misma madre había olvidado. Y todas sus palabras, absolutamente todas, eran de elogio para el ausente.

¡Cómo habría gozado Vicente viendo la atención, el recogimiento con que sus cartas eran leídas! Primero las leía Pippo en alta voz; después las cogía por su cuenta la madre, que en sus mocedades había servido en Roma á una buena señora que la había enseñado á leer; luego se apoderaba de ellas Gioconda, y en seguida vuelta á empezar.

Nápoles debía ser un mundo. Después aquellas lagunas pestilenciales y por último Génova, tan lejos, hacia el Norte, casi en la frontera. ¡Qué países tan extraños!

El cura había prestado á Pippo un atlas rudimentario, en el cual la madre y Gioconda habían podido figurarse, representado por un puntito encarnado, el sitio en donde se hallaba situada la Superba.

—¿No ves? El pobre no se divierte en aquella ciudad, había dicho la anciana á Gioconda. Se ve que no es lugar á propósito para él. Cada nueva carta es más triste que la anterior.

Esta idea le quitaba el apetito y el sueño. Quizás, en realidad, Vicente comía mejor en el cuartel que en su casa; pero de fijo que le habrían gustado más una fritada de alcachofas ó de judías comida en su huertecillo, ó un plato de habas cocidas y de tarde en tarde un trozo de cabra ó de conejo preparados por su madre. Por la noche se despertaba, y su pensamiento volaba á la ciudad desconocida, al palacio San Giorgio, á los muelles en donde se agitaba una bulliciosa multitud; y cuando esto le sucedía, pasábase horas y horas desvelada dando vueltas en un jergón de paja de maíz.

Un día, el cura fué de improviso á visitarla para decirle que Pippo quería ser sacerdote, que así lo había manifestado de un modo formal, que se habían dado ya los pasos necesarios y que se le daría enseñanza gratuita en un colegio de Roma. Sólo faltaba el consentimiento de la madre, y ésta lo dió, puesto que se trataba de una vocación.

Pocos días después, cavando en su huerto, la viuda había casualmente desenterrado una estatua antigua, un Baco coronado de pámpanos, que, sin ser de la buena época ni de un artista de primer orden, era, sin embargo, notable y sobre todo estaba admirablemente conservado. El hallazgo fué un acontecimiento extraordinario en toda la comarca; porque todos sus habitantes podían esperar verse algún dia favorecidos por igual suerte, tanto más cuanto que el cura afirmaba que el sitio en donde aquel Baco había sido descubierto suponíase que era el mismo en donde antiguamente se levantaba una quinta imperial; y si allí había vivido un emperador, natural era que le hubiese seguido su corte y que se hubiesen construído allí suntuosas viviendas. ¡Quién sabe las sorpresas que el porvenir les reservaba!

La madre de Vicente no entendía una palabra de las sabias disertaciones del cura; para ella lo importante era vender la estatua, y efectivamente la había vendido á muy buen precio, pues un inteligente había encontrado en la escultura ciertas particularidades que aumentaban su valor artístico. Para la pobre mujer, lo que le dieron por el Baco era casi una fortuna; durante unos días estuvo como atontada, estupefacta, pero luego adoptó su resolución. Pippo había entrado poco antes en el seminario. De la cantidad cobrada guardaría la mitad, y el resto...

—Mira, dijo un día á Gioconda, las cartas de Vicente son de un hombre que ya no puede más; ese muchacho no ha nacido para una vida semejante. Sí, esas cartas me asustan y temo que presagien alguna desgracia.

—¿De modo que piensa usted?..

—Pienso reunirme con él, á pesar de mis años, trasladarme á aquella gran ciudad. Aunque no soy una sabia, he hecho mis cálculos: un cuarto y una cocina, poca cosa han de costarnos; tengo pocas necesidades y además no soy tan decrépita que no pueda encontrar en Génova alguna casa en donde me ocupen en faenas domésticas. De esta manera Vicente tendrá á su lado á su madre, que le servirá de lavandera y de cocinera cuando quiera comer fuera del cuartel, y que le consolará cuando esté apenado...

Y la buena mujer había logrado alquilar su casita y su pedazo de tierra y se había puesto en camino. En las cuatro semanas, durante las cuales Vicente había estado sin noticias, habíase perdido una carta en que su madre le decía que se animase; después de aquella carta no había escrito ninguna más, porque quería sorprender á su hijo. ¡Oh, qué sorpresa tan grande y tan agradable tendría el pobre muchacho!

El viaje, en tercera y en tren ómnibus fué interminable, y además hubo de detenerse la viuda una tarde y una noche en Grosseto para visitar á unos parientes. ¡Veinticuatro horas casi de tren, á través de las *Maremmas*, de aquellas llanuras sin fin y de tan insoportable monotonía! Pero al término de aquel viaje estaba Génova, en donde encontraría á su adorado Vicente que tan ajeno debía estar de que su madre iba á reunirse con él! No tenía reloj, y más que por los de las estaciones medía el tiempo por la posición del sol, que el segundo día se puso cuando el tren estaba en las cercanías de Spezia.

Algunas horas después llegaba al término de su viaje, cansada, pero contenta, y llevando ella misma su pequeño equipaje, encaminábase al palacio San Giorgio, preguntando en cada calle el camino que había de seguir. Estaba segura de que en seguida podría abrazar á su hijo y de que á éste le concederían una corta licencia, siquiera el tiempo para su

instalación, pues Génova parecíale inmensa y en ella se hallaba enteramente desorientada.

Estaba aún parlamentando con el sargento, insistiendo, suplicando que no la hiciesen esperar hasta el día siguiente para ver á su hijo, cuando llegó precipitadamente el conductor del tranvía con la noticia de que el carabinero Vicente Tiburzi había sido víctima de un grave accidente y de que urgía que fuesen á recogerlo y lo llevasen al hospital.

* * *

La bala se había desviado, desgarrando la mandíbula y la mejilla. Vicente se despertó en una de las salas del hospital de Pammatone, una sala espaciosa, con una bóveda de iglesia y dos largas hileras de camas resguardadas por blancas cortinas, por entre las cuales se veía deslizarse con paso ligero de sílfides bienhechoras, á las hermanas tocadas con sus papalinas de blancura deslumbrante. Al pronto no se acordó de nada; en su cabeza reinaba gran confusión. ¿De dónde volvía? De lejos, de muy lejos; parecíale haber hecho un largo y peligroso viaje hacia un país desconocido, misterioso y tan apartado que por lo regular nadie regresaba de él. Y se pasaba lentamente la mano por la frente, tratando de discernir algo en medio de aquel caos.

—¡Vicente! ¡Vicentillo!..

El muchacho se estremeció. ¿Qué voz era aquella que pronunciaba su nombre? ¡Cuán dulce y cariñosa velada por el llanto! Muy á menudo habíale en otro tiempo llamado del mismo modo: «¡Vicente! ¡Vicentillo!» ¡Oh voz querida que encendía una luz en su obscuridad, que reanimaba su inteligencia y le llenaba de contento y de delicia!

Y en aquel mismo instante, envuelta en un rayo de sol que descendía de una de las altas ventanas enrejadas, vió inclinada sobre él, toda temblorosa, á su madre, con sus cabellos grises que aquel rayo de sol doraba, con su saya obscura, con su triste y arrugado semblante.

—¡Mamá!

No fué más que un susurro, y sin embargo, el enfermo quedó medio desmayado. Acudió una hermana que le hizo respirar unas sales, y Vicente abrió de nuevo los ojos.

—¡Mamá!, ¡mamá!, ¡mamá!

Toda su alma acudió á sus labios, y aquella vez sus brazos rechazaron las ropas que le cubrían, y en un impulso irresistible se enlazaron al cuello de la aldeana. Los cabellos grises se mezclaron con los rizos de ébano, la madre y el hijo confundieron sus lágrimas y sus besos y el médico los sorprendió en aquella apasionada efusión.

La hermana, algo inquieta, interrogó con la mirada al doctor, el cual la tranquilizó con un un gesto y le dijo en voz baja:

—¡Salvado! Dentro de ocho días le verá usted de pie. Medicinas como éstas no se hacen en las farmacias... De todos modos, hay que obrar con prudencia, pero conviene que su madre permanezca á su lado todo el tiempo posible. Hablaré con la superiora.

Reinaba en la sala absoluto silencio, sólo interrumpido á intervalos por un gemido ahogado que salía de una de las camas; las papalinas blancas iban de un lado á otro; cantaban los pájaros en las camelias del jardín llenas de capullos y de algunas flores, y el rayo de sol seguía iluminando, al través de la ventana, el lecho del aduanero.

—¡Mamá!, ¡mamá!, ¡mamá!, repetía sin cesar Vicente como en la noche antes en el escollo batido por las olas al pie del *Muraglione della morte;* pero ¡cuánta diferencia en su acento! Ya no era la desgarradora añoranza, el desaliento sin nombre, la desesperación, sino un inefable gozo íntimo, la esperanza reconquistada, una dulzura, una felicidad sin igual, y aquellas palabras así murmuradas parecían el gorjeo del gorrión cuando después de la tempestad siente renacer la calma al calor de un ala protectora.

—¿No sabes, hijo mío? Ya no me separaré de ti hasta que cumplas el servicio, y todos los días nos veremos.

¿Qué era lo que le decía su madre? El pobre muchacho la contemplaba embelesado, sin atreverse á dar crédito á tanta felicidad.

—¡Sí, todos los días, Vicentillo! Y ya no necesitarás lavandera, pues yo cuidaré de tu ropa, y además tendré siempre para ti una *minestrina* y un vaso de vino. Y de cuando en cuando, algún domingo me llevarás á paseo. ¿No esperabas todo esto, verdad?.. Cuando estés enteramente curado te lo explicaremos todo.

—Es preciso que descanse, dijo la hermana acercándose al lecho del herido.

—Sí, sí, apresuróse á contestar la campesina. Ahora, Vicentillo mío, dormirás un rato; el sueño te hará gran bien. Duerme, amor mío; duerme, mi tesoro..., no me separaré de ti hasta el término de tu servicio... Ya te lo contaremos todo... Luego regresaremos juntos á Nemi, y Gioconda no se habrá casado...

Vicente sonríe, ¡qué sonrisa!, deja caer la cabeza sobre la almohada y se duerme con sueño tranquilo.

Y mientras duerme, aún se sonríe junto á su madre, que ha sacado su rosario y devotamente reza sin apartar los ojos del rostro de su hijo, y adivinando en la expresión de éste que sueña con la casita natal, con los encinares que la primavera puebla de ciclamas, con los dos lagos engastados como dos ópalos en el verde esmeralda de los olivos, y con la amiga de la infancia que «no se habrá casado» cuando ellos regresen á su tierra...

EN EL PAÍS DEL FUEGO Y DEL VAPOR, por W. G. Fitz Gerald

Imagínate, lector, un volcán inmenso al nivel de la tierra, que tuviera mil millas cuadradas de extensión, toda acribillada de agujeritos, y tendrás una idea aproximada de lo que es el *Wonderland* (País maravilloso), situado en la isla Norte de Nueva Zelandia. Por cualquier sitio que se introduzca un poco el bastón en la tierra, sale al momento un chorro de vapor; y donde quiera que dirijas la vista verás surtidores de agua hirviendo y oirás sus borbollones. Pero lo más extraño de todo es que toda esta gran extensión de tierra cambia á cada momento de forma y de color; las hondonadas suben y los altozanos bajan con mucha frecuencia; y los surtidores de agua hirviendo, unas veces clara y otras cenagosa, forman un rosario de más de trescientas millas de largo. La tierra tiembla, se conmueve por todas partes; pero á pesar de eso, toda está sembrada de aldeas de maoríes, los indígenas del país, que no hace aún una generación eran antropófagos, pero que hoy son un pueblo pacífico é inteligente, que manda al Parlamento de Wéllington su correspondiente diputado.

Las mujeres indígenas son muy aficionadas á los colores chillones para sus vestidos; el encarnado rabioso, el azul, púrpura y amarillo les llama mucho la atención, y siempre van vestidas de telas listadas de estos colores; fuman en pipas descomunales, y hacen los quehaceres de casa con el chiquillo de pecho suspendido á la espalda. No hay casa por pobre que sea que no tenga delante ó detrás su manantial de agua caliente natural, así es que no tienen que encender el fuego para cocinar, pues con poner el puchero en alguno de estos sitios se cuece la comida por sí sola con gran facilidad y economía.

Los surtidores de Waimangu arrojando el agua hirviente y el barro á más de treinta y tres metros de altura

Cuando tienen que lavar la ropa se van á un manantial mayor de agua caliente y allí la enjabonan á su gusto, y muchas veces sucede que al lado de estos surtidores de agua caliente hay manantiales de agua que sale sumamente fría. Se ven chorros de agua hirviendo que sale con una violencia que espanta, produciendo silbidos como cuando sale el vapor por el orificio de una caldera. Hay lagos humeantes muy bonitos y bastante extensos, uno de ellos es el formado por el gran surtidor de Waimangu, y otros que elevan el agua á más de mil pies de altura, y que de tiempo en tiempo producen grandes detonaciones, volviendo después á salir el agua silenciosa.

El gobierno de Nueva Zelandia ha instalado en varios puntos de esta región establecimientos de aguas termales; y en Rotorúa hay grandes balnearios de aguas minerales donde pueden nadar muchos miles de personas á la vez. Los enfermos que acuden á estos balnearios curan por lo regular en pocas semanas, pero los que pueden se están mucho más tiempo para contemplar bien aquel país, que es único en el mundo.

Se ven cosas verdaderamente hermosas, entre ella *Rainbon Mountain* (Montaña del arco iris), formada de tierra encarnada, púrpura, color naranja, verde y amarilla. Al pie de esta montaña hay un valle muy bonito, velado siempre por las nubes del vapor de los surtidores de agua hirviendo y por las continuas explosiones de pequeños volcanes que arrojan barro y aguas cenagosas.

En la parte más honda de este valle álzanse grandes rocas, algunas de formas fantásticas y otras formando paredes casi verticales, y tan calientes todas, que no se puede poner la mano sobre ellas sin que-

Mujeres maoríes cocinando en los manantiales de agua hirviente

marse; y por entre los matorrales no se ven más que traicioneras simas estrechas, por donde sale mucho olor de azufre y bocanadas de vapor. En este valle está el cráter llamado *Champagne Cauldron*, de unos ochenta pies de ancho, que forma como una botella ó embudo de ochenta y tres pies de profundidad. De vez en cuando salen unos chorros de agua inmensos que despiden vapores azulados, y después de subir á gran altura van á caer á un río de agua fría. A unas dos millas de la aldea indígena de Tokaanu está el más raro de los volcanes, el monte Kakaramea, que entre agua y barro ha ido consumiendo una parte de la montaña, y la otra amenaza ruina como muela vieja y cariada; el agua hirviendo cae á torrentes por sus laderas, y por arriba se ven nubes de vapor de los colores del arco iris.

Los habitantes de esta aldea no viven muy tranquilos, por los sustos que reciben de vez en cuando y porque recuerdan que los habitantes de la población indígena Te-Rapa quedaron una vez enterrados entre el fango caliente que despide el volcán en los días de mayor actividad, muriendo muchos abrasados. En otra montaña más elevada está el volcán Nganruhoc, que arroja lava é ilumina por la noche el bonito lago Tampo.

Todo esto es muy hermoso, pero la gente que acude á esta región de Nueva Zelandia va más bien á curar sus dolencias en los balnearios de aguas termales, que á contemplar el bonito espectáculo que ofrecen los volcanes y surtidores de agua hirviendo.

Removiendo la tierra para hacer fuego

El lago de aguas hirvientes denominado Rotomahana

LIBROS

ENVIADOS Á LA REDACCIÓN

por autores ó editores

ODAS, POEMAS, LEYENDAS, por *Carolina de Soto y Gorro*. – Colección de composiciones poéticas de distintos géneros y escritas en diversos metros; son expresión de elevados pensamientos y de sentimientos delicados, y esta bondad del fondo está avalorada por una versificación correcta y armoniosa. Un tomo de 205 páginas, impreso en Madrid en la imprenta del Asilo de Huérfanos. Precio, dos pesetas.

SELECCIÓN, novela por *Juan Fernández Martín-Mora*. – El autor de esta novela desenvuelve en ella un pensamiento atrevido, combatiendo la moral social que condena ciertas uniones amorosas. Un tomo de 96 páginas, impreso en Trujillo; precio, una peseta.

DE ENSEÑANZA. – NOTAS LITERARIAS. – DÍAS DE GUERRA, por *José A. Rodríguez García*. – Un folleto que contiene artículos sobre los exámenes en Chile, Calderón de la Barca y otros del docto catedrático del Instituto de la Habana. Impreso en la imprenta de Cerdeira de aquella capital.

COR DELATOR, por *Edgardo Poe*. – Narración extraordinaria adaptada á la escena catalana por *A. Albert y Torrellas*. Monólogo recitado por primera vez con gran aplauso en el teatro Romea por el actor Sr. Tor. Editado en Barcelona por don Bartolomé Baxarías; véndese á 25 céntimos.

CRÍTICA LITERARIA (1854-1856), por *Juan Valera*. – Se ha publicado el tomo XIX de la colección de las «Obras Completas» del eximio escritor, que contiene varios artículos de crítica literaria. No hemos de hacer el elogio de este libro, que con los que le preceden y los que han de seguirle constituyen un verdadero monumento literario y un valioso y merecido homenaje á quien es gloria de las letras castellanas. Un tomo de 288 páginas; precio, tres pesetas.

LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. ALMANACH PERA 1909. – Contiene, como de costumbre, gran número de grabados de nuestros mejores artistas y multitud de trabajos en prosa y en verso de los más reputados escritores catalanes. Un tomo de 194 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio López; véndese á una peseta.

AGENDA CULINARIA PARA 1909. – AGENDA DE BUFETE PARA 1909. – AGENDA DE BOLSILLO PARA 1909. – MEMORÁNDUM DE LA CUENTA DIARIA PARA 1909. – La Casa Bailly-Bailliere ha puesto á la venta todas estas publicaciones cuya utilidad hemos señalado ya en otras ocasiones. Cada una de ellas contiene cuantas noticias y datos puedan interesar dentro de su especialidad respectiva y es un verdadero consultor para el ama de casa ó para el hombre de negocios. Los precios son respectivamente de 2, 1 á 4 (según sus condiciones materiales), 1'50 y 2'50 pesetas.

CANSONER SELECTE. SCHUMANN. – Se ha publicado el tomo III de esa importante obra, en la que el notable musicógrafo barcelonés D. Joaquín Pena colecciona, traduciendo sus textos al catalán, los *lieder* de los grandes maestros. El volumen que nos ocupa está dedicado á Schumann y contiene las diez y seis canciones del intermedio lírico de Enrique Heine «El amor del poeta» y las ocho de Adalberto de Chamisso «Vida amorosa de una mujer» con música de Schumann. Una vez más felicitamos al Sr. Pena por su obra de propagación de la buena música y por el acierto con que la realiza. El precio del tomo *Schumann* es de seis pesetas.

DE LA PRIMERA COSECHA, por *César de Salvador Solá*. – Cinco cuentos muy sentidos y escritos en buen estilo, que revelan en su autor, joven de diez y siete años, no comunes dotes literarias. Precio, 25 céntimos.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

En todas las Farmacias del Globo.
INSTRUCCIONES
JARABE DELABARRE
Y SOBRE LOS Sufrimientos de los Niños
FÚMOUZE—PARIS
Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagran, París, que envía gratis su curioso librito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO – ASMA – OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cía, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de exito.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

El presidente de la República de Venezuela (×) en París. (De fotografía de M. Branger.)

La tirantez de relaciones entre Francia y Venezuela ha dado un interés especial al viaje efectuado á Europa por el presidente de la república venezolana Sr. Castro, y sobre todo á su breve estancia en París. Su presencia en la capital francesa ha pasado, por dicha causa, oficialmente inadvertida; más aún, tratóse hasta de prohibirle la permanencia en territorio francés, y si al fin se ha consentido en ello, ha sido bajo ciertas condiciones que en otras circunstancias habrían parecido anómalas, si no imposibles, tratándose de un jefe de Estado.

No hay que decir, pues, si ha dado lugar á comentarios el viaje del Sr. Castro, que, según unos, ha venido á Europa para hacerse operar en Berlín de un tumor en los riñones; según otros, para descansar una temporada de los cuidados y preocupaciones que le proporciona el gobierno de su Estado, y según algunos, para realizar ciertas negociaciones diplomáticas que contrarresten los efectos de los conflictos que tiene pendientes con Francia y también con Holanda. El Sr. Castro ha permanecido en París poco más de un día, y desde allí se ha dirigido á Colonia y á Berlín.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón